

CUENTOS DEL DECAMERON

Personajes

Giovanni Bocaccio - *Francisco Prado*
Pampinea - *Belin Rios*
Fiammetta - *Gilda Gonzalez*
Filomena - *Sonia Pancoque*
Emilia - *Wolfin Crespo*
Neifile - *Yerdi Rivero*
Lauretta - *Custina*
Elisa - *Daisy Rosaris*
Pánfilo - *Jonny Chind des*
Filostrato - *Noland*
Dioneo - *Bruno*

Actor I
Actor II
Actor III
Trovador I
Trovador II
Trovador III

Mientras se ilumina el telón transparente vemos a los actores caminando por el fondo del escenario; algunos a medio vestir, otros en ropa cotidiana; otros se maquillan en camerinos apostados en los costados del escenario. Los músicos (trovadores) afinan sus instrumentos y se pasean por la escena. El regidor de escena da las últimas instrucciones a los técnicos. Se va creando un movimiento envolvente y un gran alborozo tal como se da en cualquier montaje teatral minutos antes de que suba el telón. El afinamiento de la música va marcando un fondo atmosférico y rítmico hasta llegar a un clima de exaltación (mezcla de alegría y angustia).

Mientras esto sucede, el actor que interpretará a Giovanni Bocaccio, se ha ido adelantando al centro, repasando sus líneas; las cuales se van intercalando adecuadamente con la música.

hay ciclo una negro, actores desaparecen

G. BOCACCIO - "En el año 1348, año de la saludable encarnación del hijo de Dios, llegó una mortífera peste a la egregia ciudad de Florencia, nobilísima entre todas las otras ciudades de Italia.

*****ACORDE MUSICAL*****

(LA DISEÑADORA DE VESTUARIO LE ACOMODA ALGUNAS PARTES DE SU ROPA)

"Dicen que fue producida por influencia del aire o por la justa ira de Dios que la envió a los mortales por nuestras acciones inícuas. Lo cierto es que la Peste Negra nos envolvió en su danza macabra con más furor y crueldad que en el Oriente, de donde había venido."

*****ACORDE MUSICAL*****

"Aquí, a los afectados, le aparecían tumores en las ingles o en los sobacos a personas de ambos sexos; algunas del tamaño de una manzana, y otros llegaban al de un huevo."

(Comienza a descender lentamente el ciclorama, los demás actores van desapareciendo, las luces de van atenuando, y un foco de luz suavemente se enciende sobre Bocaccio).

"Eran llamados bubones por las gentes del pueblo. En poco tiempo estos bubones se iban extendiendo a través del cuerpo, tornándose en millares de manchas negras o lívidas".

Ante esta enfermedad nada valía los médicos, ni las medicinas.

*****FLAUTA EN TREMULO*****

Y lo peor era que se propagaba de las personas enfermas a las sanas con la misma rapidez con que se propagaba el fuego a las cosas secas.

(EL ESCENARIO HA QUEDADO A OSCURAS)

(POR EL FONDO DE ESCENARIO COMIENZAN A APARECER ACTORES VESTIDOS COMO ESQUELETOS CON ANTORCHAS DE FUEGO. BOCACCIO SE HA APARTADO HACIA UN COSTADO, MIENTRAS LOS ESQUELETOS EJECUTAN UNA DANZA MACABRA, AL SON DE UN DIES IRAE. CUANDO LA DANZA HA ALCANZADO UN MOMENTUM FRENETICO, LOS ESQUELETOS HALAN A BOCACCIO HACIA EL CENTRO, LO RODEAN Y LO OBLIGAN A ENTRAR EN LA DANZA. BOCACCIO SE DESPRENDE HORRORIZADO).

G. BOCACCIO - "¡Basta! (LOS ESQUELETOS COMIENZAN A RETROCEDER ANTE EL IMPERATIVO DEL AUTOR-DIRECTOR). (JADEANTE)

De ese cuadro tan espantoso logré salir, y tuve suerte, pues "la peste" se llevó a más de la mitad de la población de Florencia y casi tres cuartas partes de Europa.

¡Que año tan terrible el de 1348!!!

Bueno, para no seguir agobiándolos con las ^{Miserias} ~~pasadas~~ pasadas (porque me imagino que ustedes en el Presente, estarán padeciéndola alguna Peste parecida), voy a entrar de lleno en el relato de mis novelas, con la gentil ayuda de unos actores del presente, y mejor, como lo diría Aristóteles, Siento de veras haberles hecho pasar por la angustia de recordarles la Muerte, pero tanto mejor podrán regocijarse en la dulzura y el placer de estas fábulas; (leyendo de un manuscrito enorme y un tanto desvencijado).

"Comenzemos en la primera jornada".

Estando nuestra ciudad casi vacía de sus pobladores, ocurrió que un martes por la mañana, (según he sabido por una persona digna de crédito) se hallaron casi solas, después de los divinos oficios en Santa María la Nueva, siete jóvenes damas que estaban de luto según las circunstancias lo exigían." (Acuérdense que todo el mundo se estaba muriendo.)

(BOCACCIO SE ALEJA)

Se escuchan los acordes de un canto gregoriano, las luces crean un efecto de Catedral; descienden unas "patas" transparentes formando una hilera de columnas. Las siete jóvenes van saliendo de los laterales, una vez terminan sus rezos. Pampinea se detiene a mirarse las manos, como buscándose alguna mancha. Fiammetta en uno de los rayos de luz, toma la cara de Elisa y la examina. Filomena y Lauretta hablan entre sí. Neifile y Emilia se consuelan mutuamente. Todas se ven angustiadas y tristes. Pampinea comienza a requerirles que se acerquen a ella para conversar.

PAMPINEA -

¡Amigas mías, no puedo más!! Y estoy segura que ninguna de ustedes tampoco. ¿Porqué sentarnos a esperar la muerte, cuando todavía somos jóvenes y bellas? ¿Porqué seguir en este abandono y miseria ya que ni parientes nos quedan? Sigamos el sendero de la Razón y marchemonos a alguna villa fuera de la ciudad, antes que la muerte nos arrebatte.

Poesía del
camerón será
vocada por
sacerdotes
LA IMITACION.
rma y voz,
tmo y armonía.

- FILOMENA- Aunque lo que tu dices es muy justo, no creo que debamos hacerlo, puesto que tenemos que acordarnos que todas somos mujeres y ninguna de nosotras se arregla bien sin la protección de un hombre.
- LAURETTA - ¿Querrás decir que nos llevemos algunos hombres para que nos protejan? (Con intención)
- (ALGUNAS SE RIEN)
- ELISA - Es cierto que los hombres son los jefes de las mujeres y que sin sus ordenes...
- EMILIA - ¡Dicen ellos!! (APARTE COMO ACTRIZ)
- ELISA - (REANUDANDO, NO SIN ANTES HABERLE HECHO UNA SEÑA DE QUI BOCACCIO ESTA CERCA.) Y que sin sus ordenes raramente llega una tarea nuestra a buen fin. ¿Pero dónde están esos hombres?
- (ENTRAN OPORTUNAMENTE A LA IGLESIA TRES JOVENES: PANFILI, FILONTRATO Y FILOMENO)
- PAMPINEA - (TRIUNFANTE) ¡Vean ustedes como el azar nos es favorable y nos envía a esos tres jóvenes discretos y nobles!!
- NEIFILE - ¡Por Dios Pampinea! ¿Estas pensando que vayan ellos con nosotras?
- ELISA- No se te ocurre que si los llevamos en nuestra compañía alguien nos calumnie o reprenda.
- PAMPINEA- ¿Quién? ¿Quiénes? Si aquí ya no queda nadie.
- FILOMENA- Neifile y Elisa escuchen. . . Lo importante es que vivamos honestamente y que nuestra conciencia nada nos reproche.
- LAURETTA- Si ellos están dispuestos a venir con nosotras podemos afirmar que la suerte nos ha favorecido.

(PAMPINEA Y FILOMENA SE ACERCAN A LOS JOVENES PARA INVITARLES A QUE LAS ACOMPAÑEN. LUEGO, PAMPINEA CON LA MANO LLAMA AL RESTO DE LAS DAMAS PARA QUE SE UNAN AL GRUPO. POCO A POCO LOS JOVENES Y DAMAS SE VAN ENTUSIASMANDO Y SALEN DE LA IGLESIA).

Durante la escena anterior, Bocaccio se ha entretejido pasando por detrás de las patas transparentes, desapercibidamente, como lo hacía Hitchcock en sus películas.

- BOCACCIO- (ACERCANDOSE AL CENTRO) ¡Oh preciosísimas damas, cuan débiles sois por naturaleza, cuan piadosas y delicadas de espíritu!

Por ustedes fatigué mi mano escribiendo estas cien historias, para apartarlas a uds. de LA MELANCOLIA. EN LAS CUALES SE VERÁN CASOS DE AMOR placenteros y asperos, así como otros azarosos acontecimientos sucedidos tanto en los tiempos antiguos como en los modernos, de los cuales podrán ustedes tomarse ejemplo en las cosas mostradas y útiles con ellas, por lo que podrán aprender qué cosas deberán rechazar y qué cosas deberán imitar.

Continúo con la primera jornada, y que estarán ardiendo en deseos de saber a dónde se fueron cuando salieron de La Catedral. (Santa María LA NUEVA) "a LA MAÑANA siguiente, esto es el miércoles al clarear el día, las mujeres con algunas de sus criadas y los tres jóvenes con varios acompañantes y sirvientes, saliendo de la ciudad, se pusieron en camino, a una hermosa villa, que había sido elegida por todos".

(SE ALEJA NO SIN ANTES HABER HECHO UNA GUIÑADA O GESTO CINICA.) (BOCACCIO AYUDA A COLOCAR LAS PATAS EN UNA NUEVA DISPOSICION; AHORA DEBEN QUEDAR COLOCADAS FORMANDO UN BOSQUE CON UN CENTRO DESPEJADO.)

(LAS LUCES DEBEN MATIZAR COLORES DE AMANECER, AZUL LIMPIDO DEL CIELO, "VERDE FRESCO" DEL FOLLAJE, PASTELES PARA LAS FLORES. PINTURA DE GIOTTO) ENTRAN TRES TROVADORES A ESCENA CANTANDO UNA FESTIVA CANCION DE AMOR, SEGUIDOS DE INMEDIATO POR EL GRUPO DE JOVENES QUE HA LLEGADO DE FLORENCIA LA ESCENA DEBE RE-CREAR UN TIPICO JARDIN DE LAS DELICIAS. UNAS PAREJAS SE ENAMORAN, OTRAS COMEN FRUTAS QUE HAN TRAIIDO EN CANASTAS, OTROS COMEN FRUTAS QUE HAN TRAIIDO EN CANASTAS, OTROS JUEGAN AJEDREZ. SE FORMA UN BAILE INICIADO POR DIONEIO. CUANDO TERMINA EN BAILE DE RONDA, TODOS APLAUDEN Y SE IRIEN. UNO DE LOS MUCHACHOS LE QUITA UNA GUIRNALDA DE LAUREL QUE TIENE PUESTA UNA DE LAS DAMITAS; COMIENZAN A TIRARLO AL AIRE Y A PASARLO DE MANO EN MANO; LA MUCHACHA CORRE DETRAS DE EL. GRAN ALBOROTO. FILOMENA DA PALMADAS Y LES LLAMA LA ATENCION

- EMILIA - SI, ya se que vinimos a divertirnos, pero me parece que si nos lanzamos tan desordenadamente y tan pronto, no vamos a gozar como deberiamos.
- FILOMENA - Vamos a organizarnos.
- DIONEIO - Pues dinos tú, como deberiamos gozar.
- PAMPINEA - Propongo mejor que elijamos cada día a uno de nosotros para que nos gobierne y nos organice las actividades y también para que tenga el peso de las preocupaciones.
- LAURETTA - Ay si, y que sea nuestro rey o reina por el día.
- TODOS - ¡Bien, bravo!!!! *→ Me levanto con la línea.*
- PANFILO - Me parece una feliz idea, Pampinea. Propongo que seas tu misma la reina de hoy.
- PAMPINEA - Acepto con mucho gusto. Pero necesito que me coronen para sentirme como su reina.
- DIONEIO - (TOMA LA GUIRNALDA DE ELISA CON LA QUE HABIAN ESTADO JUGANDO Y SE LA PONE EN LA CABEZA A PAMPINEA. TODOS APLAUDEN. ELLA LOS MANDA A SENTAR, COMO SI FUERAN SUS SUBDITOS.)
- PAMPINEA - Ahora que el sol está alto y el calor es grande, sentémonos a descansar en esta sombra, y si ustedes lo quieren, deleitémonos haciendo cuentos, ya que de esta manera todos estaremos entretenidos en una sola actividad.
- EMILIA - Si me lo permiten, yo sugiero que sea el rey o la reina: reina quien de un turno diariamente a cada uno de sus súbditos para que relate un cuento. ¿Que les parece?
- ELISA - ¡Magnífico!!!
- TODOS - (APLAUDEN, BROMEAN)
- PANFILO - Yo quiero ser el primero en hacer un cuento.

PAMPINEA - Tienes la palabra y de buen grado te escucharemos.
¡Adelante!!

PANFILO - Amorosa señora, si he entendido bien la intención...
hemos decidido complacernos a nosotros mismos novelando;
por lo tanto estimo que a cada uno debe serle lícito
contar aquella historia que mas crea que pueda divertir.
Quiero contar brevemente con que destreza, un monje libró
su cuerpo de gravísimo pecado.

(COMENTARIOS GENERALES)

Hubo en Lumigiana (pueblo no muy lejano de este) un
monasterio mas copioso en santidad y con monjes de lo
que es hoy, y en el que, entre otros, había un monje
joven cuyo vigor y vivacidad ni los ayunos ni las vigiliass
podian macerar.

(COMENTARIOS MALICIOSOS)

*****CONTINUA EN LA PAGINA # 20 DEL LIBRETO*****

Todos hacen comentarios maliciosos.

Pampinea:
Luzetta:

¡Silencio!

Filomeno:

(EN BUFÓN) ¡La soberana pide silencio! Si no hay aquí orden, no habrá cuentos.

Todos protestan y se burlan de Filomeno.

Pampinea:
Luzetta:

Prosigue, Dioniso. *Pánfilo*

Vizco:

Pánfilo

Gracias, majestad. Acaeció que este tal, cierto día, salió a caminar a solas por los alrededores de la iglesia y descubrió a una hermosa jovencita... ^{Bocaccio} (DESIGNA A ELISA PARA REPRESENTAR EL PAPEL DE LA MUCHACHA)

~~Todos aplauden a Elisa, dan de sus gracias y se pratan a representar.~~

Monje:

Pánfilo

... hija tal vez de alguno de los labradores del país, que iba cogiendo ciertas hierbas por el campo.

Muchacha:

(CANTORREA MIEVIRAS RECOGE HIERBAS) Laralá... lalá...

Monje:

Buenas tardes, hija mfa.

Muchacha:

¡Oh, Dios sea con usted!

Monje:

Gracias, criatura, gracias. Falta que me hace. Que también Él te acompañe.

Muchacha:

Gracias.

Monje:

¿Y qué haces tú recogiendo hierbas por este solitario lugar?

Muchacha:

Vivo cerca y selecciono pasto para el ganado.

Monje:

Ah. Haces bien en ayudar a tu esposo.

Muchacha:

Oh, no. No tengo esposo. Ayudo a mis padres.

Monje:

Ah, no tienes esposo...

Muchacha:

No. Soy muy joven aún.

Monje:

Ya lo veo, ya. Joven... y muy hermosa. ¿Quieres que te ayude?

Muchacha:

No, de ningún modo. ¿Para qué va a molestarse?

Monje:

No es molestia alguna. Nada tengo que hacer.

Muchacha:

Pues... si quiere usted entretenerse...

Monje:

Es justamente lo que ansío.

Se ponen los dos a recoger hierbas juguetonamente.

Monje:

¡Cuidado!

Muchacha:

¿Qué ocurre?

Monje:

Me pareció sentir espinas por aquí. Tomo que estas bellas manos puedan herirse.

Muchacha:

Yo no he sentido espina alguna.

Todos hacen comentarios maliciosos.

Monje: Bendigo la hora en que salí a recorrer los jardines. He encontrado esta tarde la más bella flor.

Muchacha: ¿Quiere usted decirme qué significa esto?

Monje: ¿Será necesario hablar?

Muchacha: No. Pero ocurre que es usted un monje.

Monje: No olvides tampoco que nací varón.

Muchacha: Hay algo más.

Monje: ¿Qué?

Muchacha: Soy virgen.

Monje: Todas lo han sido alguna vez. (LA TOMA DE LA MANO Y SALEN)

Se escucha una música apropiada. Los dos jóvenes crean una danza o pantomima sobre el acto del amor. Al cesar la música se ilumina la celda del Abad, en el monasterio, contigua a la del Monje. El Abad se incorpora del lecho bostezando larga y sonoramente. Se incorpora y avanza hacia un rincón de la celda donde hace como si se echara agua en la cara. Los jóvenes ríen en alta voz en la celda contigua. El Abad escucha y presa de curiosidad sale de su celda en dirección a la del joven. Mira por la abertura del corrojo y dice..

Abad: No cabe duda. Ahí dentro hay una mujer. (GRITA) ¡Horrible bochorno! ¡Infame pecado! ¡Miren que aprovecharse de nuestro sueño para violar la santidad de este recinto! ¿Qué he de hacer? ¿Penetro en la celda y sorprendero a los amantes? ¡No! Me debo demasiado respeto a mí mismo para semejante procacidad! Regresaré a mi celda y allí esperaré a que ese pecador salga de aquí. (AVANZA HACIA SU CELDA Y DESDE ALLÍ ESPÍA)

Monje: (DESPUÉS DE CERRAR LA MIRILLA) Esto sí que es grave. ¡El abad nos ha descubierto!

Muchacha: ¿Qué dices?

Monje: Acabo de verlo espiando tras la puerta.

Muchacha: ¡Qué bochorno!

Monje: Esto puede acarrearle un enorme castigo. ¿Qué puedo hacer?

Muchacha: (NERVIOSA) No debiste traerme aquí. Fue una locura. E innecesaria, estando el campo desierto.

Monje: Ahora, calla. Tengo que pensar, hallar algún ardid para salir de este lance.

Muchacha: Pero, ¿y yo qué hago? ¡Me aterra el deshonor! Hace años que hago creer a todo el mundo que soy virgen. Si papá se entera de que no es cierto,

me regañará sin duda.

Monje: ¡Ya está!

Muchacha: ¿Adónde vas?

Monje: Regreso enseguida. Tñ, quédate aquí.

Muchacha: ¿Desnuda?

Monje: (DESPUÉS DE UNA PAUSITA) No es mala idea.

El monje sale y cierra con llave la celda. Cruza a la del abad. Llama.

Abad: Adelante.

Monje: (ENTRA Y HABLA CON SU ACENTO MAS ANGELICAL) Señor, perdone que interrumpa su siesta.

Abad: Pierde cuidado. Desperté hace ya algún rato. ¿Qué te trae por acá?

Monje: Esta mañana no he podido hacer traer toda la leña que había hecho cortar. Por lo tanto, si me da usted su venia, iré al bosque y la haré traer. (TREGÁNDOSELA) Es ésta la llave de mi celda.

Abad: (PIENSA, MIRA CON EL RABILLO DEL OJO A LA CELDA DEL MONJE Y RÁPIDAMENTE TOMA LA LLAVE) Te doy licencia.

Monje: Mil gracias, señor abad. Le advierto que demoraré un poco, pues he dejado la leña en lugar lejano.

Abad: Puedes demorar todo lo que quieras.

Monje: Bien, señor abad. (SALE)

Abad: ¿Qué hace ahora? La pecadora está todavía allí.

(Pantomima de la muchacha, fornicando con un hombre, de lo más divertida.)

Abad: Ahora que tengo la llave podría llamar a todos los monjes y abrir la celda en presencia de ellos para que comprueben al hecho con sus propios ojos y no me critiquen después cuando decida castigar a ese...

Se ilumina un ángulo de la escena donde aparece el Monje flagelándose.

CORO: ¡Pecador, canalla, hereje! ¡Pecador, canalla... (CON MALICIA) herejee!

El monje deja de flagelarse, sonríe con picardía y se oscurece su zona.

Abad: Pero, ¿no será mejor que me entere yo solo de lo ocurrido? Tal vez esa mujer es la esposa o la hija de algún hombre a quien no quisiera yo hacer pasar semejante bochorno.

Se vuelve a iluminar la zona de la muchacha. Ahora borda, en actitud de gran dama.

Se oscurece de nuevo.

Abad: Sí, sí. Será mejor que entre yo solo y después haré lo que estime conveniente. (ABRE BRUSCAMENTE LA PUERTA DE LA CELDA)

Muchacha: (LANZA UN GRITO, MUY ASUSTADA) ¿Es usted el abad?

Abad: Yo mismo soy.

Muchacha: ¡Oh, qué vergüenza! Jamás creí pasar por semejante circunstancia. ¿Dónde esconde ahora el rostro? (SE CUBRE EL SEXO) ¿Dónde lo esconde? (SE CUBRE LOS SENOS)

Abad: (FASCINADO ANTE LA BELLEZA DE LA MUCHACHA) No escondas nada, criatura. (DESCUBRIÉNDOLA) Descúbrete, descúbrote.

Muchacha: (ESTALLA EN FUERTE LLANTO) Oh, señor abad, castígueme usted. Dígame qué debo hacer. Merezco todas las torturas. No es suficiente el hecho de que esta tarde haya dejado aquí mi honra. (CON OTRA INTENCIÓN, ACLARÁNDOLE) Porque la dejé "aquí", señor abad. (CONTINUA) ¡Merezco más, much más, por haber permitido que fuese un monje quien lo hiciera, y aquí, en lugar sagrado!

Abad: Cálmate, criatura. Bien mirado, el asunto no es demasiado grave.

Muchacha: ¿Dice usted que no es grave?

Abad: Por supuesto que no. (CIERRA LA PUERTA) Siempre que se tomen las debidas precauciones.

Muchacha: Pero, señor abad, ¿qué pretende usted? (LE EXTIENDE SU MANO)

Abad: Que todo transcurra dentro del mayor silencio y antes de que el monje regrese con la leña.

Aparece el monje espiando.

Muchacha: Pero es que usted es un abad.

Abad: El anterior era un monje. Cuestión de categorías simplemente. Todo queda en casa.

Se escucha una música apropiada. Al cabo, aparece el abad, dentro de su celda, flagelándose.

Abad: ¡No me arrepiento! ¡No me arrepiento! Qué deliciosa criatura. ¡Cómo me gustaría encontrarme con ella a diario. Lo único malo es que si sigue viniendo aquí me verá obligado a compartirla con el monje. Tengo que inventar algo. (PAUSITA) ¡Ah! Gracias, Dios mío, por iluminarme con esa idea. ¡Es magnífica! En cuanto ese pecador aparezca, le diré que.

El monje llama a la puerta de la celda del abad.

Abad: Adelante.

El monje hace su entrada.

- Monje: Señor, ya he traído la loña y en la cocina está, de modo que...
- Abad: Así que has traído la loña, ¿eh? ¿Y te atreves a hablar conmigo así, tan descaradamente, como si nada hubiera pasado? Pero, ¿te crees que soy tonto? ¡Lo sé todo! Pasé por tu celda cuando estabas allí, entregado al placer. Y hace un instante yo mismo he descubierto que hay una mujer allí. ¡Ordenaré que te encierren en el calabozo!
- Monje: (PONIÉNDOSE DE RODILLAS ANTE EL, MUY DUEÑO DE LA SITUACIÓN) Querido señor he estado muy poco aún en la Orden de San Benito y no estoy al corriente de todas sus particularidades. Usted no me había enterado aún de que los monjes debían someterse a las mujeres como se someten a los ayunos y a las vigiliass. Mas, ahora que me lo ha demostrado, prometo, si me perdona usted esta vez, jamás pecar en esto; es decir, no hacer nunca lo que "a usted mismo he visto hacer en cuanto salí a buscar la loña".
- Abad: (SE QUEDA TIENSO Y, DESPUÉS DE UNA BRAVE PAUSA, MORDIENDO LAS PALABRAS, DICE:) Está bien, joven astuto. ¡Te libero del calabozo!
- Monje: Gracias, señor abad. Siendo tan pequeño, hubiera sido muy incómodo tenerlo que compartirlo con usted.
- Abad: (FRENÉTICO) ¡No compartiremos el calabozo!
- Monje: Magnífico, señor abad. Y... ¿en cuanto a la muchacha?
- Abad: (PIENSA. LE SECRETA AL OIDO) Pero nadie debe enterarse de esto, fuera de nosotros tres.
- Monje: Descuide, señor abad.
- Abad: Y ahora, ven conmigo.
- Salen rápidamente. El abad y el monje van a penetrar en la celda de este último en el mismo momento en que la muchacha sale de ella.
- Muchacha: (NERVIOSA) ¿Qué ocurre ahora? ¿Cuándo podré salir de aquí?
- Abad: Ahora mismo puedes irte. Para eso hemos venido.
- Muchacha: ¡Qué alivio! Ya estaba de lo más angustiada.
- Monje: Pero sólo te dejaremos ir con una condición.
- Muchacha: ¿Cuál?
- Abad: Que de hoy en adelante, a la hora de la siesta, vengas tres días a la semana a mi celda.
- Monje: Y otros tres a la mañ.
- Muchacha: (CON MALICIA) ¿Y el otro día? ¿El séptimo?
- Los 2: (ESCANDALIZADOS) El séptimo día es el del señor y, como sabes, se ha hecho para el descanso.

Para incluir despues que termine el cuento del Monje y el Abad.

(AL PRINCIPIO ALGUNAS DAMAS SE RUBORIZAN. TODOS SE MIRAN, Y ESTALLAN EN ATAQUE DE RISA.)

- PAMPINEA - Estoy segura que muchas damas se han ruborizado con esta historia, tanto por las acciones osadas que en el se presentan, como por la sagacidad del monje.
- LAURETTA - Eso es para que vean que el hábito no hace al monje.
- PANFILO - (APARTE COMO ACTOR) ¡Ni en el siglo XIV ni ahora!!!
- FILOMENA - Quisiera se me otorgara la oportunidad ahora para mostrar por el contrario la estupidez de algunos hombres quienes estimándose mas sabios que la naturaleza, tratan de doblegar a otros a lo que ellos son.
- (TODOS APRUEBAN)
- FILOMENA - Hubo en Pisa...

Todos aplauden.

Lauretta: Elisa, toca a ti narrar la ^{primera} ~~segunda~~ historia.

Todos aplauden a Elisa.

Elisa: Y yo estoy encantada, Alteza, pues comenzo un cuento que, estoy segura, ha de agradar a todos.

Lauretta: ¿Su título?

Elisa: "La adúltera discreta".

Lauretta: ¿Y a quién tocará interpretar el papel de adúltera?

Elisa: Muy bien podría tocar a ti misma.

Lauretta: ¡Me encanta la selección! Por lo tanto, abandone transitoriamente mi corona y me descubre ante ustedes, mis queridos amigos, como... "la adúltera discreta".

"La adúltera discreta"

ELENCO:

Felipa

Rinaldo

Lazarino

Vecina 1

Vecina 2

Podestà

Gente del pueblo

Elisa: ~~En la ciudad de Prato hubo un tiempo una ley que sin hacer distinción alguna condenaba a las llamas a la mujer a quien su marido sorprendía en adulterio, lo mismo por amor que por dinero.~~
En la ciudad de Prato hubo un tiempo una ley que sin hacer distinción alguna condenaba a las llamas a la mujer a quien su marido sorprendía en adulterio, lo mismo por amor que por dinero.

Todos hacen comentarios.

Elisa: ~~Mientras regía esta ley, aconteció que una noble dama llamada...~~
Mientras regía esta ley, aconteció que una noble dama llamada...

Felipa: Felipa.

Elisa: Hermosa y locamente enamorada, fue encontrada cierta noche en su propia habitación por... *su marido Rinaldo de Pugliesi*

Rinaldo: Rinaldo de Pugliesi.

Elisa: Su marido, en compañía de...

Lazarino: Lazarino de Gazzagliotri.

Elisa: Noble y guapo joven de aquel lugar, a quien ella idolatraba.

Lazarino: Felipa mfa...

Felipa: (CON PASIÓN) Lazarino...

-26-

Lazarino: (CON MÁS PASIÓN) ¡Felipa!

Felipa: (TODAVÍA CON MÁS) ¡Lazarino!

Lazarino: (OTRO CON MUCHA MÁS) ¡¡Felipa!!

Felipa: (CON MUCHÍSIMA) ¡¡Lazarino!!

Rinaldo: (ENTRANDO BRUSCAMENTE) ¡¡¡Felipa, Lazarino!!!

Felipa: ¡¡¡¡Rinaldo!!!!

Rinaldo: Pero, ¿qué es lo que mis ojos acaban de ver? ¡Díganme, villanos!

Lazarino: Sus ojos lo han visto y sería estúpido inventar excusas, señor de Pugli
¡Felipa y yo nos amamos!

Rinaldo: Conque se aman, ¿no? ¡Conque se aman! ¿Saben ustedes lo que yo debería
hacer?

Felipa: ¡Rinaldo!

Rinaldo: (APARTÁNDOLA) ¡Quítate de mi presencia!

Aparecen las vecinas y espían.

Rinaldo: (A EL) Dígame usted, conquistador, ¿sabe lo que yo debería hacer? ¡Mat
los a los dos ahora mismo!

Felipa: (PROTEGIÉNDOLO) ¡No! ¡A Lazarino no! ¡Yo sola he de morir!

Lazarino: (PONIÉNDOSE DELANTE DE NUEVO ELLA, CABALLEROSAMENTE) ¡Atroz locura! Si
alguien debe de morir, ése será yo.

Felipa: (PONIÉNDOSELE DELANTE DE NUEVO) Entonces, mátanos a los dos, Rinaldo.

Lazarino: (IDEM) ¡No, sólo a mí!

Felipa: (ID) ¡No! ¡A mí!

Lazarino: (ID) ¡A mí!

Felipa: (ID) ¡A mí! (DA UN PISOTÓN A LAZARINO)

Lazarino: ¡Ay!

Rinaldo: (GRITA) ¡Basta de ridiculeces! Ninguno de los dos merece que yo me pud
en una cárcel por este vil adulterio. (SÁDICO) Además, por suerte no e
necesario. Vivimos en Prato y ustedes deben conocer las leyes que nos
gen. (MORBOSO) La mujer a quien su marido sorprenda en adulterio, ¡ser
condenada a las llamas!

Felipa lanza un grito y corre a refugiarse en los brazos de Lazarino. Rinaldo sale a
la calle gritando.

Rinaldo: ¡Vecinas! ¡Vecinas! ¡Ustedes son testigos! ¡Mírenlos ahí, abrazados boe
nosamente el uno al otro. ¡He sorprendido a mi mujer en adulterio! ¡La
varé a los tribunales y pediré que se aplique la pena de muerte! (SALE)

Felipa y Lazarino salen a la calle.

Vecina 1: (LLOROSA) ~~¡Qué indiscreción, Felipe, qué indiscreción!~~ *¡Qué indiscreción, que indiscreción!*

Vecina 2: Muchas lo hacen sin que se les descubra jamás. Si por esto fuera, no habría mujeres en Prato. Todas estarían achicharradas.

Vecina 1: ~~¿Qué piensas hacer, Felipa?~~ *¿Qué piensas hacer, Felipa?*

Felipa: ¿Qué he de hacer? Compareceré ante los tribunales.

Vecina 1: ~~¡Pero, ¿estas loca, mujer? Ahora que Rinaldo se ha ido a aprovecharse y huir.~~ *¡Pero, ¿estas loca, mujer? Ahora que Rinaldo se ha ido a aprovecharse y huir.*
(A EL) ~~¡Vévesela usted, pronto!~~ *¡Vévesela usted, pronto!*

Felipa: No lo intentes, Lazarino.

Vecina 2: Seguramente tu marido ha ido a ver al podestá para denunciarte. ¡Hazno caso y huye, Felipa!

Felipa: Ha dicho que no.

Lazarino: Pero, bien mfo, tus vecinas tienen razón. Podemos...

Felipa: Te amo, Lazarino...

Lazarino: Y yo a ti. Precisamente por eso es que...

Felipa: Prefiero morir confesando la verdad que huir cobardemente para vivir en el destierro.

Vecina 1: (LLORANDO) ~~¡Mira, Felipa, que es horrible morir quemada!~~ *¡Mira, Felipa, que es horrible morir quemada!*

Vecina 2: ¡Debe arder muchísimo!

Felipa: Ya encontraré el mejor modo de poder arreglármelas. Y si nada consigo y soy condenada a las llamas, será esa la mayor prueba de amor que puedan darte jamás.

Lazarino: ¡Felipa!

Felipa: ¡Lazarino!

"Canción de Felipa"

Felipa: ¡Qué fatalidad!

Todo terminó.

Me van a quemar.

CORO: ¡Qué fatalidad!

Todo terminó.

La van a tostar.

Felipa: Recoge en una urna

todas mis cenizas,

que no quede ni una

fuera de lugar.

Piensa que este brazo

es un montoncito
y que mi cabeza
otro montón es.
Y así todo el cuerpo
montón montoncito,
besa las cenizas
y me besarás.

Lazarino: ¡Así será! ¡Felipa!

Felipa: ¡Lazarino!

Los 2: ¡Qué grande es nuestro amor!

Uno: (GRITA) ¡A esta mujer hay que quemarla!

Gritos y algarabía. Se crea la sala del tribunal.

Podestá: ¡Silencio!

Se hace el silencio.

Podestá: Señora Felipa de Pugliesi...

Felipa: La misma, señor podestá. Puede usted decirme qué es lo que se desea de

Podestá: Como podrá ver, señora, aquí está su marido Rinaldo, el cual se queja de usted diciendo que la sorprendió en pecado de adulterio con otro hombre. Por esta causa, pide que yo, cumpliendo con la ley que aquí rige, le castigue por esta falta condenándola a muerte. Mas, yo no puedo hacer esto si usted no confiesa. Por lo tanto, piense detenidamente lo que a responderme y dígame si es cierto o no el hecho de que su marido la acusa.

Felipa: (DESPUES DE UNA PAUSA) Señor podestá, es cierto que Rinaldo es mi mar y que esta noche pasada me halló con Lazarino, con quien muchas veces estado, movida por el bueno y perfecto amor que lo profeso. Y esto yo lo negaré.

CORO: (GRITOS Y COMENTARIOS)

Felipa: Pero yo tengo la seguridad, señor podestá, de que usted sabe que las leyes han de ser iguales para todos y hechas con el consentimiento de aquellos a quienes alcanza. Y esta ley carece de tales condiciones puesto sólo castiga a las infelices mujeres. ¿Por qué no hace lo mismo con los hombres, señor podestá? ¿Por qué pueden los hombres pecar impunemente nosotras no? Aparte de esto, no hubo mujer alguna que cuando se hizo ley le diera su consentimiento, pues ni siquiera se las consultó.

Vecina 2: ¡Felipa tiene razón! ¡Conmigo no contó nadie!

Risas generales. El podestá se levanta y amenaza con el puño.

Podestá: Prosigna.

Felipa: Gracias. Por tales razones, a esta ley se le puede calificar de mala si es que se quiere hablar con justicia. Y si usted, señor podestá, en perjuicio de mi cuerpo y de su alma quiere ser ejecutor de ella, en sus muros está, pero antes deberá concederme una pequeña gracia.

Podestá: Concedida.

Felipa: Gracias.

Podestá: No hay de qué.

Felipa: De todas maneras, muchísimas gracias.

Podestá: Para serviria.

Felipa: Gracias.

Podestá: (DERETIDO) A sus pies.

Felipa: Gracias. Quisiera que le preguntara a mi marido si no es cierto que yo cada vez y cuantas veces a él le acomodaba, satisfacía sus apetitos sexuales y sin decir jamás que no.

CORO: [REDACTED]

Podestá: ¡Por última vez pido silencio! ¿Quisiera usted responder a la pregunta de su esposa, señor de Pugliesi?

Rinaldo: Bueno, es que yo... yo... ¡Realmente, no viene al caso! Este no es lugar apropiado para tratar intimidades de esa índole.

CORO: [REDACTED]

Podestá: Se trata de complacer la última gracia de una condenada a muerte, con nada, además, por usted mismo. De manera que se halla en la obligación de responder. Yo, como primer magistrado, así se lo exijo.

CORO: [REDACTED]

Rinaldo: Bueno, pues... siendo así... Sí, es cierto. Siempre que yo...

CORO: [REDACTED]

Rinaldo: Para ser sinceros, ¡ella nunca rehusó!

CORO: (EN UN ESTALLIDO) ¡[REDACTED]!

Felipa: Entonces pregunto yo, señor podestá. Si él siempre ha tomado de mí cuanto ha necesitado y ha querido, ¿qué debía o debo hacer yo con... "lebranta"? ¿Debo echárselo a los perros?

LOS HOMERES: ¡Nooooo!

Felipa: ¿Acaso no sería mejor servirsele a un gentilhomme que me amo con toda su alma que dejarlo perder o deteriorar?

Vecina 1: ~~¡Ella tiene razón!~~

Vecina 2: Sí, señor. ¡Está hablando magníficamente!

Vecina 1: ~~¡Que se cambie la ley!~~

TODOS: ¡Que se cambie! ~~(Aplausos y gritos)~~

Podestá: Bien, amigos míos. Después de haber escuchado las palabras de la acusada y las de su señor esposo, así como los comentarios y sugerencias de ustedes y viendo en esta mujer un gran valor (LE MIRA A LOS SENOS) que sería criminal arrojar a las llamas, yo, como podestá, digo que independientemente del pecado de adulterio, la dama tiene razón. (LE DA LA MANO A LAZARINO) La ley no es buena, puesto que, entre otras cosas, no castiga del mismo modo a las mujeres que a los hombres. Por lo tanto, a partir de este momento será modificada y todos ustedes, en esta misma sesión tendrán derecho a confeccionarla como mejor les acomode.

TODOS: ~~(Aplausos y gritos)~~ *Aplausos y nos levantamos.*

Podestá: En cuanto a la dama, por mi parte, ¡queda libre de condena!

Todos aplauden y gritan nuevamente. Felipa se desmaya.

Vecina 2: ¡Un momento! Sugiero, para no perder tiempo, que la ley permanezca tal y como está...

~~(Aplausos)~~ Felipa vuelve en sí rápidamente.

Vecina 2: (ACLARANDO)... con la única condición de que deberá aplicarse igualmente a los hombres que a las mujeres y sólo en los casos en que el adulterio fuere cometido por dinero.

TODOS: ¡Aprobado!

Elisa: (NARRANDO) Rinaldo, confuso ante tan loca empresa, se marchó del tribunal, y la dama, libre y satisfecha, resucitada casi de la hoguera, volvióse cubierta de gloria a su casa. Fin.

Lauretta: Gracias. La historia que voy a narrarles se titula "La cuna".
Todos hacen comentarios de desaprobación.

Lauretta: (ACLARANDO) Pero no crean por eso que se trata de un cuento infantil. Más bien diría que se trata de todo lo contrario.

Pampinea: (CON MALICIA) ¿Qué será lo que te traes entre manos?

Lauretta: Nada. Simplemente trato de ponerme a tono con las historias narradas aquí hasta ahora.

Filomeno: Bien. Narra lo que quieras, pero comienza de una vez.

"La cuna"

ELENCO:

- Pinuccio *Bruno*
- Nicolasa *Daisy*
- Pesadera *Belén*
- Pesadero *~~Franco~~ Julia (Chucho)*
- Adrián *Adrián*

Lauretta: En el llano de Mugnone hubo tiempo atrás un buen hombre que por poco dinero daba de comer y de beber a los viajeros. Como era pobre y tenía pequeña la casa, sólo en casos muy apurados admitía a dormir a alguna persona desconocida.

Nicolasa y Pinuccio conversan a través de una ventana.

Pinuccio: ¿Es que acaso tú no quieres?

Nicolasa: Sí, Pinuccio, pero te repito que es una locura. Mi casa es muy pequeña. Sólo hay un dormitorio.

Pinuccio: Con una cama libre.

Nicolasa: Sí, pero es que mi padre no la da a desconocidos, sino sólo a familiares nuestros cuando estos vienen a visitarnos. Comprenda que en esa misma habitación dormimos todos.

Pinuccio: No importa. Recuerda que las luces se apagan a la hora de dormir.

Nicolasa: ¿Y si mi hermanito se despierta a medianoche?

Pinuccio: Tú misma me has dicho que nunca lo hace, que duerme como un bendito toda la madrugada.

Nicolasa: Sí, pero recuerda que es casi un recién nacido. Todavía no ha cumplido un año. Con los niños nunca se sabe lo que pueda pasar.

Pinuccio: Ay, Nicolasa, si por ti fuera nunca lo llevaríamos a efecto. En todas las veces obstáculos.

- Nicolasa: No veo más de los que realmente hay. Empezando porque estoy segura de que mi padre no te querrá alquilar la casa. Él sabe que tú eres de Florencia y que tus padres son personas acomodadas. ¿Con motivo de qué ibas a querer hospedarte por una noche en un lugar tan pobre como éste? Papá sospecharía inmediatamente.
- Pinuccio: No tiene por qué sospechar, te lo repito. Mira, ya he pensado en todo. Voy a hablar con Adrián, un íntimo amigo mío, para que me ayude en esta diligencia. Si yo me presentara solo, tu padre tendría motivos para sospechar, pero viniendo con un amigo no.
- Posadera: (FUERA DE ESCENA) Nicolasa...
- Pinuccio: (SOBRESALTADO) ¡Tu madre te llama!
- Nicolasa: ¡Sí! ¿Qué hay, mamá?
- Posadera: Me parece que sentí llorar a tu hermanito. Mira a ver qué le pasa, que yo estoy atascada en la cocina.
- Nicolasa: ¡Está bien!
- Pinuccio: Bueno, me voy.
- Nicolasa: Pinuccio, ¿lo vas a hacer por fin?
- Pinuccio: Me cambiaría el nombre si así no fuera.
- Nicolasa: Tengo miedo.
- Pinuccio: Por Dios, Nicolasa, cualquiera pensaría que no te interesa el asunto. ¿Será que no me amas realmente?
- Nicolasa: Ya te he dicho mil veces que sí, pero en estas circunstancias...
- Posadera: (FUERA DE ESCENA) Nicolasa...
- Nicolasa: ¿Qué hay, mamá?
- Posadera: Pero, ¿es que no me ofiste, criatura? Te dije que le dieras una vuelta a tu hermanito.
- Nicolasa: Eso es lo que estoy haciendo, mamá. Estoy aquí. Con él.
- Posadera: Aaah. ¿Cómo está?
- Nicolasa: (MIRANDO A PINUCCIO) ¡Es un ángel!
- Posadera: Tócale la frente para ver si le han vuelto las calenturas.
- Nicolasa: Sí, mamá. (TOCA LA FRENTE DE PINUCCIO)
- Posadera: ¿Cómo está?
- Nicolasa: ¡Ardiendo!
- Posadera: ¿Ardiendo??
- Nicolasa: Noo. Digo que... ardiendo no está ya. Mejor que eso, tiene buena temperatura.

- Posadera: Ah. Ahora dale un beso para que sueñe con los ángeles.
- Nicolasa: Sí, mamá.
- Posadera: Y antes de irte, regístralo, no sea que se haya hecho aguas.
- Nicolasa: (APARTA A PINUCCIO CON CIERTO RUBOR) Adiós, Pinuccio.
- Pinuccio: Hasta mi visita, amor.
- Nicolasa: ¿Cuándo será?
- Pinuccio: En cuanto haya hablado con Adrián, mi amigo.
- Nicolasa: Hasta entonces, pues. ¡Y buena suerte!
- Pinuccio: ¡Adiós! (SALE)
- Posadera: (FUERA DE ESCENA) ¡Nicolasa!
- Nicolasa: ¿Qué, mamá?
- Posadera: ¿Estaba seco?
- Nicolasa: No. Le he cambiado los paños.
- Entra el posadero con un niño de brazos.
- Posadero: (GRITA) ¡Eh, mujer! ¡Ya estoy de vuelta!
- Posadera: ¿Dónde andabas?
- Posadero: Con el niño. Lo saqué a pasear.
- Lauretta: (NARRANDO) Presa de gran ansiedad, aguardó Nicolasa la visita de su amado, y dos días después...
- Posadera: ¿Ya estás cerrando el negocio? ¿Qué hora es?
- Posadero: Hora de irnos a la cama, mujer.
- Posadera: ¡Dios mío, qué manera de irse el tiempo! Y yo que pensaba que apenas si había empezado a anochecer. ¿Cómo no te has ido a acostar, Nicolasa?
- Nicolasa: Estaba ayudando a papá para que terminara pronto.
- Posadera: Pues yo sí me voy al dormitorio con el niño para ponerlo en su cuna. Está rendidito. (SALE)
- Posadero: Y yo muerto de sueño y cansancio. Hoy han pasado tantos viajeros por aquí que no he parado de despachar comidas y bebidas ni un solo instante. Estoy exhausto.
- Pinuccio y Adrián han llegado a caballo y ahora tocan a la puerta.
- Posadero: ¿Toques a esta hora? ¿Quién podrá ser?
- Nicolasa: Algún viajero, sin duda.
- Posadero: Pues, ¿no ve que el negocio está cerrado? (EN VOZ MÁS ALTA) Los clientes saben que a estas horas yo no despacho nunca.
- Nicolasa: Ha de ser un forastero, papá. Con seguridad, algún pobre hombre hambrien-

to. Si de eso se tratara, me parece que harías bien en abrir.

Posadero: ¡Santo cielo! ¡Y con lo extenuado que estoy!

El posadero abre la puerta a Pinuccio y Adrián.

Pinuccio y Adrián: Buenas noches.

Posadero: Buenas no... ¡Ah, Pinuccio! (A NICOLASA) Es el joven de Florencia.

Nicolasa: (APARENTANDO INDIFERENCIA) Ya lo veo. ¿Cómo está?

Pinuccio: (IGUALMENTE) Muy bien, señorita. Muchas gracias.

Nicolasa: Me dispensarán ustedes, pero debo ir a preparar mi cama. Ya es hora.

Posadero: Sí, hija, sí, ve. No tengas pena.

Adrián: (CON INTENCIÓN) Que duerma usted bien.

Nicolasa: Presiento que esta noche me van a dar las tantas sin poder pegar los ojos.

Posadero: (EXTRAÑADO) ¿Y eso por qué?

Nicolasa: Porque esta noche no hay luna, papá. Y tanta oscuridad me causa miedo.

TODOS: Aaaaah.

Nicolasa: Con el permiso.

Adrián: Es suyo.

Se va Nicolasa.

Posadero: (A LOS JÓVENES) Pero adelante, adelante. (LOS HACE PASAR Y CIERRA LA PUERTA)

Pinuccio y Adrián: Gracias.

Pinuccio: Mire, le presento a un amigo: Adrián.

Adrián: Mucho gusto.

Posadero: Encantado, joven. Si llegan a demorarse un poco, me encuentran durmiendo. ¿Qué van a comer?

Adrián: Nada. La cuestión es que tiene que darnos alojamiento a Pinuccio y a mí.

Posadero: ¿Alojamiento? ¿Aquí?

Adrián: Creíamos poder entrar esta noche en Florencia y no hemos sabido ir bastante aprisa, de modo que hemos llegado aquí a la hora que usted ve.

Posadero: Pues... eso sí que es un problema. Tú sabes, Pinuccio, la situación en que me hallo para hospedar hombres de tu clase. Este es un lugar muy pobre y tú eres un muchacho...

Adrián: Olvídense de eso. Lo único que necesitamos es una cama para pasar esta noche. Fíjese en la hora que es. Ya no tenemos ocasión de poder ir a otra parte.

Posadero: (PAUSA. PIENSA) Bien, Pinuccio. Tú sabes que yo estoy aquí para servirte.

Y a usted lo mismo, joven.

Pinuccio y Adrián: ¡Gracias!

Posadero: ¿Ya acomodaron sus rocines?

Adrián: Sí.

Posadero: Pues dejen ahí las maletas mientras les sirvo algo de beber. (GRITA)

¡Eh, mujer! Prepara la cama de los huéspedes.

Nicolasa: (FUERA DE ESCENA) Ya está lista, papá.

Posadero: (ASOMBRADO) ¡Qué intuición!

Zona del dormitorio. Nicolasa y la posadera.

Posadera: No estarán muy cómodos que digamos, pero será mejor que dormir a la intemperie. (SALE)

Nicolasa: Por supuesto.

Entran el posadero, Pinuccio y Adrián.

Posadero: Como podrán ver, éste es un lugar muy reducido. Apenas se puede andar por aquí con estas tres camas, estos armarios y la cuna del niño. Cuando se apaga la luz, andar por aquí es lo mismo que encontrarse en medio de un laberinto.

Adrián: ¿Suele usted levantarse a medianoche?

Posadero: Sólo a veces. Cuando tomo mucho líquido durante el día.

Pinuccio y Adrián: Aahh.

Posadero: Ah, se me olvidaba. Por si tienen alguna necesidad, aquella es la puerta del... (SEÑALA LA PUERTA POR LA QUE EN ESE MOMENTO REGRESA LA POSADERA)

Posadera: Hombre, basta ya de hablar que vas a despertar al nene.

Adrián: ¡El nene!

Adrián y Pinuccio comienzan a hacerle monerías al niño.

Posadero: Perdona, mujer. Estaba indicándole a los huéspedes.

Pinuccio: Buenas, señora.

Posadera: Hola, Pinuccio. Bienvenidos.

Pinuccio y Adrián: Gracias.

Posadero: Bueno, pues si no disponen ustedes otra cosa, creo que nos podemos acostar todos.

Pinuccio: Por mí...

Adrián: Yo estoy muriéndome de sueño. (FINGE UN BOSTEZO)

Pinuccio lo imita y todos se contagian con el bostezo. Por medio de una pantomima ha-

cen como que se cambian de ropas. Todos van de un lado a otro, tropezando unos con otros y bostezando.

Posadero: Apaga la luz, mujer.

Posadera: Deja que los huéspedes se instalen en su cama.

Adrián: Ya estamos instalados, señora.

Posadera: Bien, que tengan ustedes un buen sueño.

Pinuccio y Adrián: Gracias. Igualmente.

Posadera: Hasta mañana.

Pinuccio y Adrián: Hasta mañana.

Posadera: (DE UN SOPLO RUIDOSO APAGA LA VELA)

Oscuro total.

Posadera: Ya sabía yo que en cuanto pusiera la cabeza en la almohada, me dormía.
(COMIENZA A RONCAR)

Posadera: Ojalá que el niño no me dé mala noche. Yo también estoy muy cansada.

Nicolasa: (DESPUÉS DE UNA PAUSITA) Mamá...

Posadera: Ahora no puedo hablar contigo, Nicolasa. Me quedé dormida. (COMIENZA A RONCAR)

Poco a poco irá subiendo una luz que permita la visibilidad en la escena.

Adrián: (DESPUÉS DE UNA PAUSITA) Ya se durmieron los dos.

Pinuccio: Sí, eso oigo. ¿Y con esos ronquidos no se despertará el nene?

Adrián: Ya estará acostumbrado.

Nicolasa: Pinuccio...

Pinuccio: ¿Qué, Nicolasa?

Nicolasa: Ya se durmieron mis padres.

Pinuccio: Sí, ya lo sé. Pero... ¿no te parece prudente esperar un poquitín más?

Nicolasa: ¿Para qué? El primer sueño es el más pesado. No se despertarán. Ven.

Pinuccio: Enseguida. ¡Adrián, el momento ha llegado!

Adrián: ¡Buena suerte!

Pinuccio intenta saltar de la cama. Se enreda con Adrián. Al fin lo logra.

Pinuccio: (TANTEANDO EN LA OSCURIDAD) ¿Dónde estás? No veo nada.

Nicolasa: Aquí, frente a ti.

Pinuccio: (TROPIEZA) ¡Ay!

Nicolasa: ¿Qué pasó?

Pinuccio: Me tropezado con algo. No se ve nada.

Nicolasa: Ah, debe haber sido con la cuna. Está frente a la cama de papá y mamá.
¿Te diste algún golpe?

- Pinuccio: No, pero, ¿por qué está todo tan oscuro? (LLEGA A LA CAMA DE NICOLASA)
- Nicolasa: (ATRAYÉNDOLO) Porque esta noche no hay luna.
- Pinuccio: ¡Mi Nicolasa!
- Nicolasa: ¡Pinuccio mío!
- Posadero: (EN UNA PESADILLA) ¡Socorro! ¡Socorroooo!!
- Pinuccio: (SOBRESALTADO) ¿Eh? ¿Y eso qué ha sido?
- Nicolasa: Es papá, que tiene pesadillas.
- Adrián: (RIENDO) No te puedes quejar, Pinuccio.
- Pinuccio: ¡Déjate de bromas!
- Nicolasa: ¡Pinuccio mío!
- Pinuccio: ¡Mi Nicolasa!
- Se escucha algo lejos un enorme estruendo, el maullido de un gato y un grito de la posadera.
- Pinuccio: (SALTANDO) ¿Eh? ¿Qué ha sido ahora?
- Posadera: Nicolasa...
- Nicolasa: Ssshhh, cállate. Mamá se ha despertado.
- Posadera: Nicolasa, ¿no sentiste un ruido?
- Pinuccio: No respondas. Hazte la dormida.
- Nicolasa: Dios, si le da por encender la lumbre estamos perdidos.
- Posadera: ¿Serán ladrones? Déjame ir a ver. Qué extraño que nadie se haya despertado porque lo que yo sentí fue un estruendo enorme.
- Nicolasa: Ya se ha ido.
- Pinuccio: Nicolasa, ¿serán ladrones realmente?
- Nicolasa: Bah, no temas. Aquí nunca viene ningún ladrón. Somos tan pobres que no les interesamos. ¡Pinuccio mío!
- Pinuccio: ¡Mi Nicolasa!
- Adrián: Pinuccio...
- Pinuccio: (FRENÉTICO) ¿Qué quieres tú ahora, Adrián?
- Adrián: Perdona que te moleste, pero me estoy haciendo aguas. ¿Dónde dijo el posadero que estaba el cuarto de servicio?
- Nicolasa: La puerta de la izquierda.
- Adrián: Ah, gracias. (SALTA DE LA CAMA)
- Nicolasa: No hay de qué. ¡Pinuccio mío!
- Pinuccio: ¡Mi Nicolasa!
- Adrián: (TROPIEZA) ¡Ay!

- Pinuccio: (MÁS QUE FRENÉTICO) ¿Qué ha pasado ahora?
- Adrián: He tropezado con algo. No se ve nada.
- Nicolasa: ¡Otra vez la cuna! Córrala, por favor.
- Adrián: Sí.
- Pinuccio: ¿Se despertó el niño?
- Adrián: Creo que no. Es de piedra. Y disculpen ustedes, ¿eh? (SALE)
- Nicolasa: ¡Pinuccio mío!
- Pinuccio: ¡MI Nicolasa!
- Posadero: (ENTRE SUEÑOS) ¡Cuidado con ese fantasma! ¡Cuidado con ese fantasma!
- Pinuccio: (ESPANTADO) ¿Eh? ¿Fantasmas aquí? ¿Dónde?
- Nicolasa: No temas. Es papá, que sigue con sus pesadillas.
- Pinuccio: Pero, ¿os que va a tener pesadillas toda la noche?
- Nicolasa: ¿Y cómo puedo yo saberlo?
- Pinuccio: Ay, Nicolasa, yo me estoy arrepintiendo de todo esto. Es una guerra de nervios.
- Nicolasa: Todo sea por nuestro amor. ¡Pinuccio mío!
- Pinuccio: ¡MI Nicolasa!
- Regresa Adrián.
- Adrián: (TANTEANDO EL CUERPO DE NICOLASA) Bueno, ya estoy aquí de nuevo.
- Pinuccio: (HISTÉRICO) ¿Y a mí qué? ¡Trata de dormir y no interrumpas más!
- Nicolasa: Tenga cuidado al correr la cuna, no sea que se despierte mi hermanito.
- Adrián: No, voy a dejarla donde está por si acaso me despierto otra vez a medianoche.
- Nicolasa: Ah, está bien.
- Adrián: Hasta mañana, tórtolos.
- Los 2: Hasta mañana.
- Nicolasa: ¡Pinuccio mío!
- Pinuccio: ¡MI Nicolasa!
- Posadero: (ENTRE SUEÑOS) ¡Ese vampiro! Me quiere chupar la sangre. ¡Ese vampiro!
- Adrián: (PONIÉNDOSE DE PIE SOBRE LA CAMA Y TEMBLANDO) ¡AAaayyyY!::: ¡Pinuccio! ¿Lo oyes? ¡Hay vampiros aquí!
- Pinuccio: (DESESPERADO) ¡Cállate! Es el viejo, que tiene pesadillas.
- Adrián: Ah, qué susto. Bueno, hasta mañana.
- Los 2: ¡Hasta mañana!
- Nicolasa: (LLORANDO DESESPERADA) ¡Pinuccio mío!

Pinuccio: ¡Mi Nicolasa!

Regresa la posadera.

Posadera: ¡Esa maldita gata! No sé cómo no se me ocurrió pensar que había sido ella. ¡Siempre haciendo diabluras a medianoche! Cualquiera día la mando a mudar. Con el sueño tan profundo que yo tenía y ahora me desvelé. Déjame ver al niño... (BUSCA LA CUNA EN LA OSCURIDAD, QUE HA SIDO CAMBIADA DE LUGAR POR ADRIÁN) Ay, la cuna... ¿Dónde está la cuna? (SALTA COMO UN RESORTE DE SU CAMA) Ay, pobre de mí, ¡mira lo que iba a hacer! ¡Acostarme en la cama de los huéspedes! Es que con esta oscuridad no se ve nada... ¿Dónde está la cuna para orientarme? (BUSCA LA CUNA HASTA DAR CON ELLA) Ah, aquí está. Esta es mi cama. (COMIENZA A INSTALARSE EN LA CAMA DE ADRIÁN)

Adrián: (SE DA CUENTA DE LA SITUACIÓN Y TRATA DE LLAMAR A PINUCCIO PARA SABER QUÉ HACER)

Posadera: Y por suerte el niño no se ha despertado. (TOCA A ADRIÁN) Mi vida...

Adrián: Huummm...

Posadera: La gata hizo ruido y me ha desvelado.

Adrián: Huummm...

Posadera: (MELOSA) Oye...

Adrián: Huummm...

Posadera: ¿Te has fijado qué bonita está la noche?

Adrián: Huummm.

Posadera: Ahora me doy cuenta de que esta noche se parece a aquella en que tú y yo nos casamos, ¿te acuerdas?

Adrián: Hum jum.

Posadera: Tampoco había luna.

Adrián: Hum jum.

Posadera: ¡Mi vida! (LO BESA SONADAMENTE)

Adrián: (RELINCHA).

Entra Laretta y narra.

Laretta: Media hora más tarde, el niño y el posadero eran los únicos que dormían. (SALE)

Nicolasa: ¡Pinuccio mío!

Pinuccio: ¡Mi Nicolasa!

Posadera: ¡Tesoro!

Adrián: (RELINCHA)

- Nicolasa: ¿Y ahora, qué?
- Pinuccio: Me mudo de cama. Voy para la mía.
- Nicolasa: ¿Y eso por qué?
- Pinuccio: Tengo miedo de quedarme dormido y que tus padres nos descubran al amanecer.
- Nicolasa: Tienes razón. Es bueno ser prudentes.
- Pinuccio: ¿Has sido feliz, bien mío?
- Nicolasa: No tienes idea.
- Pinuccio: Me alegro. Yo también. (ECHA A ANDAR Y TROPIEZA)
- Nicolasa: ¿Qué ha pasado?
- Pinuccio: (SONRIENDO) Otra vez la cuna.
- Nicolasa: Qué estorbo. Córrela.
- Pinuccio: Sí, eso estoy haciendo. (PAUSA) ¡Demonios! Ahora no sé dónde está mi cama. Deja ver. (TOCA LOS PIES DE ADRIÁN Y LA POSADERA. ÉSTOS RÍEN DE COSQUILLAS) Aquí hay dos personas. Son tus padres.
- Nicolasa: Entonces es en la de al lado.
- Pinuccio: (TOCA LOS PIES DEL POSADERO. ESTE RÍE) Aquí hay una sola persona. Es Adrián. Hasta mañana.
- Nicolasa: Hasta mañana, amor.
- Pinuccio: Adrián, Adrián, despierta. Soy yo, Pinuccio.
- Posadero: (DESPERTANDO) ¿Eh?
- Pinuccio: (FELIZ) Perdona que te despierte, pero no podía esperar a mañana para contarte. ¡Qué delicia, amigo mío, qué delicia! Ahora mismo vengo de estar con Nicolasa en su lecho. Nos hemos amado y los tontos de sus padres no se han dado cuenta de nada.
- Posadero: ¿Eh? ¡Yo te mato!
- Pinuccio: (FORCEJEANDO CON ÉL) Adrián, ¿tienes pesadillas? Soy yo, Pinuccio.
- Posadero: Ni soy Adrián ni tengo pesadillas. Soy el padre de Nicolasa, bribón.
- Gritería general.
- Posadera: ¡Ay! (SALTA DEL LECHO) Esa es la voz de mi marido. ¿Con quién he estado?
- Posadero: (TRATANDO DE DAR CON ÉL EN LA OSCURIDAD) Lo que has hecho no tiene nombre, Pinuccio. Eres un infame. Pero me las pagarás, ¡juro que me las pagarás!
- Posadera: (CARGANDO CON LA CUNA) Por Dios, ¿qué es lo que ocurre, querido?

(SE SIENTA EN LA CAMA DE NICOLASA)

Nicolasa: ¡Mamá!

Posadera: ¡Sssshhh!: ¿Por qué discutes?

Posadero: ¿No oyes tú lo que este canalla dice haber hecho? ¡Viene de la cama de Nicolasa!

Adrián: Dios mío, ¡qué enredo!

Posadera: ¡Miente como un ballaco! Si enciendes la lumbre, verás que soy yo la que está en el lecho de nuestra hija. Y aquí he estado durante toda la noche porque la gata rompió unos trastos, me desveló y desde entonces no he podido pegar un ojo.

Adrián: Pinuccio, cien veces te he dicho que no duermas fuera de casa. Ese viejo vicio que tienes de "levantarte dormido y decir como ciertas las mentiras que sueñas" te va a traer algún día problemas. Vamos, ven acá, y a ver si nos dejas dormir a todos.

Posadero: Entonces, ¿todo lo que ha dicho Pinuccio ha sido en sueños?

Nicolasa: Claro, papá. Ya has oído lo que acaba de decir su amigo.

Posadero: ¡Qué absurdo! Miren que hablar dormido.

Pinuccio: (COMO UN SONÁMBULO) Miren qué bonito. Aquellos cerdos con alas... y aquellas gallinas con trompas de elefantes... (SE ACUESTA)

Posadero: (RIENDO) ¡Oigan eso! Pues sí que sueña estupideces el tonto este. (RÍEN)

TODOS: Y bien, y bien. Ja ja ja. (SE DEJAN CAER DE UN SOPLIDO EN SUS CAMAS)

Entra Laretta y narra.

Laretta: Poco rato después, madre e hija proseguían una larga discusión.

Nicolasa: Te digo que no, mamá. Es cierto que Pinuccio soñaba. Yo he estado sola en este lecho durante toda la noche.

Posadera: Que a mí no puedes mentirme, Nicolasa. Mira que yo sí he estado bien despierta durante toda la noche.

Laretta: Y en la cama contigua, los dos amigos conversaban.

Pinuccio: Lo que yo no me explico es la actitud de la posadera, porque ella fue la que salvó la situación y quien nos dio pie a todos.

Adrián: Yo sí me lo explico. ¡Mañana te contaré!

Los actores saludan indicando que ha finalizado el cuento y reciben los aplausos de los demás actores.

Griselda - Sonia
hija de Griselda - Daisy
Marques & Salazar

Parpinea: ¿Puedo yo narrar la próxima historia, Alteza?
Dioneo: Siempre que sea alegre, tuya es la palabra.
Parpinea: ¡Gracias, majestad! Mi cuento se titula "La enfermedad de Calandrino".

Todos se acomodan para escuchar a Parpinea.

"La enfermedad de Calandrino"

SILENCIO:

Calandrino

Tessa *Cristina*

Bruno *Adán*

Buffalmacco *Jesús*

Nello *John Bass*

Dr. Simón *Simón*

Parpinea: (CARRANDO) Hubo en nuestra ciudad, no hace mucho tiempo, un hombre sencillo y de costumbres originales, llamado... *Calandrino*

Calandrino: Calandrino.

Parpinea: ... el cual, tras el deceso de una anciana tía, recibió una herencia de doscientas libras.

Tessa: Tí te lo mereces, Calandrino. Eres muy buen hombre.

Calandrino: Gracias, Tessa. Pero tú no te quedas atrás. Eres, lo que se dice, un modelo de esposa.

Tessa: ¿Qué piensas hacer con la herencia?

Calandrino: Satisfacer mi sueño dorado. ¡Compraré una hacienda!

Tessa: (FELIZ) ¡Calandrino!

Se oscurece la zona de Tessa y se ilumina la de la taberna. Calandrino llega a una mesa donde se encuentran sus amigos Bruno y Buffalmacco.

Bruno: Tú eres un tonto, Calandrino. Y para colmo de males, tu mujer

Filomeno: Alteza...

Dionco: Toca a tí ser el primer narrador de ésta, mi pequeña grey.

Filomeno: Pues ya que tal honor se me otorga, haré lo posible porque mi narración sea del agrado de Su Alteza y de toda la comitiva.

Pampinea: ¿Se titula?

Filomeno: "El calendario de los viejos".

Dionco: Bien, puedes comenzar cuando gustes.

Filomeno: Gracias, majestad.

"El calendario de los viejos"

ELENCO:

- Bartolomea
- Ricciardo
- Paganino da Mare
- Criados y criadas
- Coro

Filomeno: Hubo en Pisa un juez más dotado de talento que de fuerza corporal. Su nombre...

Ricciardo: Ricciardo de Chinzica.

Filomeno: Siendo muy rico, quiso tomar por esposa a una mujer joven y bella. Y lo llevó a efecto, porque moese Lotto Gualandi le dio por esposa a una hija suya llamada...

Bartolomea: Bartolomea.

Filomeno: ... una de las más bellas y hechiceras jóvenes de Pisa, a la cual, con grandes agasajos, condujo a su casa el juez después de haber celebrado las bodas.

CORO: (CANTA) Ama Bartolomea
 porque esta noche se desposó.

Ricciardo: ¿Fres feliz?

Bartolomea: ¿Qué mujer no lo es el día de sus bodas? Ahora sólo falta que tú me ames como yo dasco.

Ricciardo: Te amaré toda la vida.

Bartolomea: ¡Ricciardo!

Ricciardo: ¡Bartolomea!

Bartolomea: Hay algo que hace tiempo me intriga. ¿Por qué has esperado tanto tiempo para casarte, cielo mío?

Ricciardo: ¿Qué quieres decir? ¿Te parezco viejo?

Bartolomea: No tanto, pero ya pasas de los cuarenta.

Ricciardo: Es una joven edad. Hasta el momento me han tenido demasiado ocupado las leyes y los papeles.

Bartolomea: ¿Y nunca las mujeres?

Ricciardo: Lo confieso. Nunca las mujeres.

Bartolomea: ¿Eso quiere decir que yo seré la primera para ti como tú serás el primero para mí?

Ricciardo: Eso quiere decir justamente. Tú serás la primera.

Bartolomea: ¡Ricciardo!

Ricciardo: ¡Bartolomea!

Entra el coro y cantan todos rodeando el lecho.

CORO: *¡Canción!*
Ave Bartolomea

porque esta noche se desposó.

Filomena: (NARRANDO) Sin embargo, pese a que durante aquella noche sólo una vez pudo Ricciardo "tocar" a su amada para consumar el matrimonio, como a la mañana siguiente apareció flaco, escuálido y con pocas fuerzas, ¡hubo que correr en su auxilio!

Criado 1: ¿Qué le pasa al señor?

Criado 2: ¡Está helado! ¡Como muerto!

Criado 1: Pronto, ¡hay que darle algo que lo reanime!

Criado 3: ¡Traeré vino rancio y confituras! (SALE)

Bartolomea: Pueden poner aquí a su señor y que una de ustedes se ocupe de preparar me el baño.

Criada 1: Yo misma lo haré, señora.

Colocan a Ricciardo en la cama y la criada va al encuentro de Bartolomea.

Criada 1: (CON MALICIA) Santa virgen, ¿qué puede haber ocurrido aquí esta noche, señora?

Bartolomea: No te preocupes por lo que esta noche ha ocurrido. Hazlo más bien por lo que teme ocurrirá de ahora en adelante. ¡Pobre de mí!

Filomena: (NARRANDO) Y no se equivocaba la joven señora pues a partir de ese día el débil mancebo Ricciardo puso en práctica un peligroso plan de supervivencia.

Salen todos, excepto Ricciardo y Bartolomea. El primero contempla un calendario; la segunda borda.

- Ricciardo: Este es un calendario muy bueno. En él, casi todas las fechas son días de fiesta sagrada.
- Bartolomea: ¿Y para qué queremos nosotros ese calendario?
- Ricciardo: He pensado que deberíamos regirnos por él.
- Bartolomea: ¿Con motivo de qué, Ricciardo? Ese es un calendario absurdo. Sería bueno para tener en un monasterio, pero no aquí.
- Ricciardo: Me lo ha regalado esta mañana un amigo que vino de Rávena. Como sabes, en esa ciudad hay tantas iglesias como días tiene el año. Pienso que Dios ha querido enviar a nuestras manos este calendario para librarnos de pecado.
- Bartolomea: ¿Cómo?
- Ricciardo: ¿No comprendes, amada mía? En los días de fiesta sagrada, además de los ayunos y otras tantas cosas, los hombres y las mujeres deben abstenerse de... ciertas intimidades.
- Bartolomea: Por Dios, Ricciardo, no pretenderás que...
- Ricciardo: En esta casa se debe respetar a Dios.
- Bartolomea: Pero es que en ese calendario todos los días son sagrados excepto uno al mes.
- Ricciardo: Eres mi mujer y me debes obediencia. He decidido que a partir de hoy nos regiremos por este calendario y no pienso cambiar de parecer.
- Bartolomea: (ECHÁNDOSELE ENCIMA) ¡Ricciardo!
- Ricciardo: (APARTÁNDOLA) ¡Que hoy es día sagrado, mujer!
- Filomeno: (NARRANDO) Y tal como lo había anunciado, a partir de ese día, Ricciardo se rigió por el calendario.

Entra el coro entonando melodías sacras. Cada uno de los actores asume la actitud de un santo. Ricciardo enciende velas y se arrodilla ante uno y otro. Bartolomea se mueve entre ellos.

- Filomeno: Hoy es un día sagrado
y mañana y mañana
y mañana y pasado.
- Bartolomea: ¿Y pasado pasado?
- CORO: También es un día sagrado.
- Bartolomea: ¿Y todos los días son sagrados?
- CORO: Casi todos los días son sagrados.
- Bartolomea: ¿Y qué pasa con los días sagrados?

CORO: Pues pasa que en los días sagrados,
desde luego, no puede haber pecado.

Bartolomea: ¿Puedo hacer una pregunta?

CORO: Sí.

Bartolomea: ¿Y cuándo...?

CORO: ¡Ssshhhhh!

¡Que hoy es un día sagrado!

Bartolomea: Pero, ¿cuándo...?

CORO: ¡Ssshhhhh!

Sólo una vez al mes,

sólo una vez al mes

es

¡que es!

Se retiran todos rápidamente entonando las mismas melodías sacras del principio.

Bartolomea: (HISTRICA) ^{No quiere esa comida esta salada} ¡He dicho que la comida está salada!

Criada 1: Se equivoca usted, señora. Todos la han comido y nadie ha protestado.

Bartolomea: Bueno, pues protesto yo. (La comida está salada, horrible, apesetosa.)
¡Y no me llesves la contraria porque sabes que eso me pone más frend-
tica aún! (SALE VIOLENTAMENTE)

Criada 2: (HACIENDO LABORES) ¿Qué le ocurre a la señora?

Criada 1: (AYUDÁNDOLA) Eso quisiera saber yo.

Criada 2: Está desconocida. Con lo dulce y alegre que era antes. Ahora siempre
está de mal humor. ¿Será que no le irá bien en su matrimonio?

Criada 1: Bocaccio: ¿Cómo podía ser eso? Mese Ricciardo es una bellísima persona. Es un
hombre refinado, inteligente, estudioso, culto, yo diría que hasta sa-
bio. Cualquier mujer se sentiría feliz a su lado. (SALEN LAS DOS)

Entra Bartolomea alegremente, canturreando una melodía. Ricciardo, en escena, lee un
libro.

Bartolomea: (RADIANTE) Ricciardo... ¿Sabes que hoy, no sé por qué, he amanecido
de lo más contenta?

Ricciardo: (SIN DESVIAR SU ATENCIÓN DEL LIBRO. FRÍAMENTE) Qué bueno.

Bartolomea: El día me ha parecido largo, pero hermoso. ¡Qué sol ha habido hoy, Ri-
cciaro! ¡Cómo han cantado los pájaros en sus jaulas! ¡Y qué hermosas
flores he hallado en los prados!

Filomeno: (MARRANDO) Puras fantasías de Bartolomea. Aquel día no hubo sol, puast

que llovió a cántaros todo el tiempo. Los pájaros no cantaron en sus jaulas ya que en aquella casa no había jaula alguna que albergase pájaros. Y en cuanto a las flores... desde aquel lugar no se divisaba ninguna prau.

Bartolomea: ¿Y sabes por qué lo he descubierto todo hermoso en este día? ¡Porque todo el tiempo he estado anhelando la llegada de la noche! Oh, Ricciardo, qué dulce amanecer he tenido. Lo primero que hice, como todas las mañanas, fue mirar el calendario. (ESTALLA FELIZ) ¡Hoy no es día de fiesta sagrada, Ricciardo!

Ricciardo: Por favor, mujer, ¿quisieras callar un rato? ¿No ves que estoy leyendo?

Bartolomea: ¡Basta de lecturas! Te pasas la vida entre papeles. Ven aquí, ciolo mío da un poco de calor a esta palomita tuya. Bésame.

Ricciardo: (VIOLENTO) ¡Pues ya que esta noche te ha dado por hablar, no me queda más remedio que dejarte a solas!

Bartolomea: ¿Cómo?

Ricciardo: Debo terminar la lectura de este libro para un asunto que tengo que tratar en la mañana, de manera que es probable pase toda la madrugada leyendo.

Bartolomea: ¡Ricciardo!

Ricciardo: Me mudo de aposento. Y si es que quieres conversar, te enviaré una criada.

Bartolomea: ¡No, Ricciardo! ¡Yo no quiero conversar!

Ricciardo: Entonces, duerme, bien mío. Pórtate bien y no seas malcriada. (SALE)

Bartolomea: (FRENÉTICA) ¡Ay, Ricciardo! ¡Maldito Ricciardo! ¿Por qué habré tenido mi padre que casarme contigo? ¡Maldito sea mi padre y maldito seas tú,

Ricciardo: ✓

Filomeno: (NARRANDO) A la llegada del verano, como el calor era muy intenso, más se Ricciardo tuvo deseos de ir a distraerse a una posesión suya muy bonita, inmediata a Monte Nero. Con la idea de darle alguna diversión a su mujer, cierto día organizó una pesca y fueron a verla desde dos barquillas. Atraídos por el espectáculo, casi sin notarlo, se alejaron algunas millas mar adentro, y cuando más entretenidos estaban en contemplar la pesca, apareció de repente una goleta de ¡Paganino da Mare!, corsario muy famoso de aquellos tiempos, el cual, viendo las barcas, hizo rumbo a ellas.

Ricciardo: ¡Peligro, peligro! ¡Es Paganino da Mare, el famoso corsario! ¡Nos atacan!

Todos lanzan gritos.

Filomeno: (GUARRANDO) Pero demasiado tarde repararon en él. Apenas habían iniciado la huida, cuando el corsario llegó junto a la barca en que iban las mujeres y descubriendo a Bartolomea, exclamó...

Paganino: Es este el mejor tesoro que podía encontrar. ¡Eres mi presa, hermosa mujer! (LA CARGA)

Ricciardo: (GRITA) ¿Qué hace? ¡¡Raptan a mi esposa!!

Bartolomea: (EN BRAZOS DE PAGANINO, ENCANTADA) Nada puedo hacer, Ricciardo. (SE DEJA LLEVAR)

Todos lanzan gritos.

Filomeno: (GUARRANDO) En el castillo de Mónaco, dos criadas de Paganino da Mare, conversan...

Criada 3: De todas las amantes que ha tenido el señor da Mare, ésta es la que más me gusta.

Criada 4: ~~...~~...

Criada 3: Parece que la vida le sonríe... (RIEN LAS 2 MALICIOSAMENTE Y SALEN)

Aparecen Ricciardo, Paganino y 2 criados.

Ricciardo: ¿Es usted el famosísimo Paganino da Mare?

Paganino: No tan famoso.

Ricciardo: Mucho, sí. No es poco lo que se habla de usted y de sus hazañas. Permítame que me presente como un amigo y admirador.

Paganino: (SECO) Toma asiento.

Ricciardo: Gracias. (SE SIENTA) Supongo que no ignorará usted el motivo de mi visita. Mi nombre es Ricciardo de Chinzica y desde hace seis meses estoy casado con Bartolomea Gualandi. Habiéndola robado usted...

Paganino y los criados se le aproximan amenazantes. Ricciardo tiembla de miedo.

Ricciardo: Habiéndola... "raptado" usted hace más de un mes, me presento para ofrecerle todos los dineros que por su rescate pidiera, ya que por mucho amarla, ardo en deseos de recuperarla para llevarla conmigo a Pisa. Espero que no pondrá usted reparos.

Paganino: Contestando sin rodeos, le diré lo siguiente: si es usted su marido, como dice, lo llevaré a su presencia y estoy seguro de que Bartolomea lo reconocerá perfectamente. Entonces podrá llevársela a Pisa dejándome por su rescate el dinero que estime conveniente.

Ricciardo: (FELIZ) Sabía que se comportaría usted como un caballero. Ella es positivamente mi mujer y en cuanto me lleve a su presencia, verá cómo

se me arroja enseguida al cuello.

Paganino: Vamos, pues.

Se escucha una música apropiada. Los criados conducen a Ricciardo al encuentro de Bartolomea. Esta aparece recostada en una especie de trono rodeada de criadas que ríen y lo hacen la toilette. Al igual que Paganino tiene cubierto uno de sus ojos con un femenino y llamativo parche.

Paganino: (A LAS CRIADAS) ¡Eh, ustedes! Pueden marcharse. Este caballero y yo deseamos estar a solas con la señora.

Salen las criadas riendo y rápidamente, luego de hacer una pequeña reverencia.

Paganino: (POR BARTOLOMEA, A RICCIARDO) ¡Mira aquí!

Ricciardo: (CAYENDO DE RODILLAS ANTE ELLA) ¡Bartolomea!

Bartolomea: (COMO SI NO LE CONOCIERA) ¿Quién es este caballero que nos visita? ¿Algún forastero que se encuentra de paso en Mónaco?

Ricciardo: (PERPLEJO) ¡Bartolomea!

Bartolomea: Al parecer me conoce, puesto que sabe mi nombre. ¿Será acaso de Pisa? ¿Es usted de Pisa, caballero?

Ricciardo: Pero, Bartolomea, ¿cómo puedes hablar de ese modo? ¿Bromeas acaso, mujer?

Bartolomea: ¿Bromear yo? (A PAGANINO) ¡Has oído qué falta de respeto? ¿Quién es ese hombre que osa dirigirme la palabra de tal modo? ¿Un loco acaso? (SALIENDO CORRIENDO A ABRAZARSE A PAGANINO) Por Dios, ¡protégeme de él!

Ricciardo: ¡Bartolomea! ¿Cómo puedes abrazar a ese hombre en mi presencia? (A ELLA) Tal vez la tristeza y el prolongado dolor que he sufrido desde que la perdí, me han desfigurado de tal modo que no me reconozco. (A ELLA) ¿No ves que soy tu mase Ricciardo?

Bartolomea: ¿Habla usted conmigo, caballero? Me parece que me ha tomado por otra, pues en lo que a mí respecta no recuerdo haberlo visto jamás.

Ricciardo: (A PAGANINO) ¿Quisiera dejarnos a solas un momento? Tal vez sienta miedo delante de usted y a ello se deba su horrible actitud.

Paganino: De acuerdo. Pero estaré cerca por el caso de que mi presencia pudiera resultar necesaria. ¡Estaré cerca!

Salen Paganino y los criados.

Ricciardo: (CORRIENDO HACIA ELLA) ¡Oh, corazón del cuerpo mío, dulce alma mía, esperanza mía! ¿No ves que soy tu mase Ricciardo que te ama más que a sí mismo? Pero, ¿cómo? ¿Tan desfigurado estoy? ¡Mírame un poco más, con esos tus bellos ojos!

Bartolomea: (SE QUITA EL PARCHÉ, LO MIRA E ECIA A REIR BURLONAMENTE)

Ricciardo: ¿A qué viene ahora esa risa? ¿Te has vuelto loca o de veras has perdido por completo la memoria?

Bartolomea: Perfectamente sabes que no soy tan desmemoriada como para no reconocer que eres tú mismo mase Ricciardo de Chinzica, mi marido.

Ricciardo: (FELIZ) ¡Bartolomea!

Bartolomea: (APARTÁNDOLO) Pero tú, mientras que contigo estuve, diste a comprender que me conocías bastante mal, puesto que si eras o eres tan sabio, como quieres que por tal se te tenga, debiste haber tenido conocimiento suficiente para ver que era yo joven, lozana y robusta, y saber, por consiguiente, lo que a las mujeres se les debe, además del comer y el vestir aun cuando ellas, por vergüenza, no lo digan. ¡Y tú sabes cómo te comportabas en ese sentido!

Ricciardo: Pero, bien mfo, sabes que mi tiempo siempre ha estado demasiado ocupado. Soy juez, y los papeles y las leyes...

Bartolomea: Pues si te interesaba más el estudio de las leyes que tu propia mujer, no debiste haberte casado. Por otra parte, a mí nunca me pareciste un juez sino más bien un pregonero de fiestas y cofradías pues te sabías al dedillo todos los ayunos y las vigiliass. ~~Por cierto, que si tantas fiestas hubieses hecho hacer a los labradores que tenían que cultivar tus haciendas así como hacías observar al que tenía que cultivar "mi pequeño campo", no habieras cosechado jamás ni un puñado de trigo.~~ ¡Cada vez que me acuerdo de ese calendario! Por suerte, Dios, atendiendo compasivo a mi juventud, me hizo caer en brazos del hombre con quien vivo en esta casa donde no se sabe jamás qué cosa es día de fiesta sagrada. ~~Antes, por el contrario, día y noche se trabaja, y se bate la lana.~~ *Aquí se trabaja de día y de noche.*

Walter
Mi jiragueta

Ricciardo: Pareces otra persona, Bartolomea. ¿Qué te ha hecho ese hombre? ¿Qué te ha dado?

Bartolomea: ~~Estoy dispuesta a seguir con él y a guardar los ayunos, fiestas y jubileos para cuando sea vieja. Vete, pues, con Dios lo más pronto que puedas porque de lo contrario gritaré diciendo que me quieres forzar.~~ (SE VAYE)

Filomeno: (VARRANDO) Triste y afligido abandonó mase Ricciardo el castillo y se dirigió a Pisa. De tal suerte le aniqueló el ver que para él ya no había más amor. Y al saberlo Paganino, convencido del amor que la dama le

Walter & ...

dirigido a "Mia." ... con el alma lo ... el dolor ... con ...

-54-

sesaba, la hizo su legítima esposa.

Música. Fiesta de las bodas. Entran todos danzando y cantando.

CORO: Ana Bartolomea

porque esta noche se desposó.

(HABLADO) ¡Fin!

Todos los actores aplauden, dando por finalizado el relato.

te sigue la corriente. En vez de comprar esa hacienda, lo que tienes que hacer es disfrutar de la vida.

Buffalmacco: Claro, hombre. Bruno tiene razón.

Calandrino: ¿Y a qué llaman ustedes "disfrutar de la vida"?

Buffalmacco: ¿A qué va a ser? ¡A sacar el dinero de la bolsa y divertirse con nosotros, que para eso somos tus amigos!

Bruno: Recuerda, Calandrino, que la vida es corta, cortísima. ¡Hay que disfrutarla! Y no todos los hombres tienen la dicha de recibir una herencia.

Buffalmacco: Naturalmente.

Calandrino: Pero es que ustedes no comprenden. De esas doscientas libras no puedo malgastar ni pizca si es que quiero comprar la hacienda. Ya saben tan bien como yo que hasta el momento no he podido entenderme con ningún agente. ¿Cómo sería entonces, de ahora en adelante, si decidiera gastar parte de la herencia? ¡Tendría que renunciar a la compra de la hacienda! Y ahora, con el permiso de ustedes, los dejo, que Tessa está esperando por mí para la comida. (SE MARCHA)

Buffalmacco: ¡Avaro miserable!

Bruno: Te confieso, Buffalmacco, que ahora sí he perdido todas las esperanzas con Calandrino. No nos invitará jamás ni a una copa de vino.

Entra Nello, otro joven.

Nello: Malas caras encuentro en mis amigos. *Que pasa*

Buffalmacco: ¡Ay, Nello!

Bruno: En mal momento nos encuentras, tienes razón.

Nello: ¿Ha pasado algo?

Bruno: Nada, fuera de que ese imbécil de Calandrino es capaz de sacar de quicio al más paciente de los hombres. Ahora mismo acaba de irse de aquí.

Nello: ¿Encontró ya vendedor?

Buffalmacco: Nada. Sigue en las mismas. ¡Y nosotros sin poder aprovecharnos de su herencia!

Bruno: Oye, Nello, se me ocurre que a lo mejor tú podrías ayudarnos.
Nello: ¿En qué? Si se trata de convencer a Calandrino, me parece imposible no habiéndolo logrado ustedes.
Bruno: Nada es imposible. ¡Tenemos que hallar el modo de darnos una buena hartada a costa de Calandrino! Se me acaba de ocurrir una idea. Escuchen.

Se agrupan y secretean entre sí. Entra Pampinea y narra.

Pampinea: *sale de escena*
Habiendo acordado entre sí, sin demora, lo que debían hacer, apostáronse a la mañana siguiente cerca de la casa de Calandrino para verle salir, y apenas había andado éste algunos pasos cuando Nello le salió al encuentro.

Nello: Buenos días, Calandrino.

Calandrino: Oh, Nello, buenos días. ¿Cómo estás?

Nello: Yo muy bien, gracias. (LE MIRA FIJAMENTE A LA CARA. CAMINAN UNOS PASOS SE DETIENEN)

Calandrino: ¿Qué miras con tanta insistencia, Nello? ¿Tengo algo extraño en la cara?

Nello: Pues, sí. (ALARMADO) ¿Te ha pasado algo anoche, Calandrino?

Calandrino: ¿Anoche?

Nello: Estás desconocido.

Calandrino: ¿Yo?

Nello: Sí. No hay más que mirarte a la cara para darse cuenta.

Calandrino: Qué extraño. A mí no me ha pasado nada.

Nello: ¿Estás seguro?

Calandrino: Por supuesto.

Nello: ¿No habrás tenido algún disgusto con tu mujer?

Calandrino: No. Ya sabes que Tessa y yo nos llevamos muy bien. Nunca reñimos.

Nello: ¿No habrás tenido entonces algún dolor físico a medianoche? ¿Algo del estómago, quizás?

Calandrino: No, nada. No tuve dolor alguno y dormí perfectamente toda la noche.

Nello: Qué extraño. Entonces serán figuraciones mías, o que tal vez no ando muy bien de la vista últimamente. No hay por qué preocuparse entonces. Si tú dices que no tienes nada, pues a nadie fuera de ti hay que hacer caso. Te dejo, Calandrino, que voy apurado. Hasta otra ocasión.

Calandrino: Adiós, Nello. (LE VE ALEJARSE. QUEDA PENSATIVO Y PREOCUPADO POR UNOS INSTANTES Y LUEGO REANUDA SU MARCHA. SE TROPIEZA CON BUFFALMACCO)

Buffalmacco: Buenos días, buen hombre.

Calandrino: Ah, Buffalmacco. Buenos días.

Buffalmacco: (MIRÁNDOLE FIJAMENTE) Pero, ¿qué te pasa? ¿Te sientes mal?

Calandrino: ¿Yo?

Buffalmacco: ¿Estás enfermo?

Calandrino: (TURBADO) No sé. Casualmente, ahora mismo me tropecé con Nello y me dijo que me encontraba totalmente cambiado. Por Dios, que empiezo a preocuparme. ¿Estaré realmente enfermo sin que hasta ahora me haya dado cuenta?

Buffalmacco: Mira, Calandrino, no es por alarmarte, pero yo te veo punto menos que medio muerto. Si quieres un consejo, corre a ver a un médico. Y te dejo, que llevo prisa. (SE VA RÁPIDO)

Calandrino: (PREOCUPADO, SE LLEVA UNA MANO A LA FRENTE) Parece que es cierto, sí. Me siento con calenturas. ¿Qué será lo que tengo, Dios mío? ¡Algo muy grave ha de ser cuando dos personas me lo han notado ya!

Bruno sale al encuentro de Calandrino y tropieza con él.

Bruno: Perdona usted, señor. Fue culpa mía. No me di cuenta. (ECHE A ANDAR)

Calandrino: ¡Bruno!

Bruno: (SE VUELVE) ¿Sabe mi nombre?

Calandrino: (ESPANTADO) Pero, Bruno, ¿tan demerado estoy que no me reconoces?

Bruno: (LO MIRA BIEN Y DESPUÉS DE UNA PAUSA, DICE:) ¡Calandrino! ¡Pero si eres tú!

Calandrino: ¡Claro, hombre de Dios!

Bruno: Perdona, amigo mío, pero es que no había modo de que pudiera reconocerte. ¿Por qué tienes esa expresión de cadáver? ¿Qué es lo que te ha pasado?

Calandrino: Es lo que no sé. De repente he descubierto que estoy enfermo, muy enfermo.

Bruno: ¡Pobre Calandrino! Por tu aspecto se me figura que no es cosa sencilla ni fácil de curar. Ya ves, ¡tanto que te matabas por ahorrar dinero, en lugar de distraerte! Y yo que siempre te lo decía: "La vida es corta, Calandrino..."

Los 2: ¡Cortísima!

Bruno: ... hay que aprovecharla". ¿Recuerdas? Ahora ves tú que yo tenía razón. (TRÁGICO) Todo parece indicar que tu final se acerca. ¡E P D!

Calandrino: ¡Por los clavos de Cristo, Bruno! En lugar de aterrarme, dame algún consejo. Tú eres mi amigo, lo has sido siempre. Dime qué es lo que debo hacer, por lo que más quieras. ¡Mira que ahora a mí no se me ocurre nada.

Bruno: Pues yo creo que deberías volverte a casa, meterte en la cama, hacerte abrigar bien y enviar tu orina al doctor Simón, que como sabes es íntimo amigo o mfo. Él te dirá en seguida lo que tienes que hacer. (VA A IRSE)

Calandrino: (DETENIÉNDOLO) ¡Bruno!

Bruno: ¿Qué hay?

Calandrino: Por favor, si no llevas demasiada prisa, ayúdame a llegar hasta mi casa. En el estado en que me encuentro, me parece que no podría hacerlo yo solo.

Bruno: Sí, hombre, no faltaba más. Para algo se han hecho los amigos. (LO CARGA EN BRAZOS Y ECHA A ANDAR)

Sale Nello al encuentro de ambos.

Nello: ¿Qué le pasa a Calandrino? (AYUDA A CARGARLO)

Bruno: El pobre está enfermo. Lo llevo a su casa para que Tessa lo acueste.

Calandrino: (CASI LLORANDO) Tú tenías razón, Nello. Estoy muy enfermo.

Sale Buffalmacco al paso de los jóvenes.

Buffalmacco: ¿Qué ocurre? ¿Por qué llevan en brazos a Calandrino? (AYUDA A CARGARLO)

Bruno: Nuestro buen amigo está enfermo, Buffalmacco.

Buffalmacco: Ah, lo descubrí hace un rato, sí.

Los 3: ¡Pobre Calandrino!

Calandrino llora. Llegan a su casa.

TODOS: (LLAMANDO) ¡Tessa! ¡Tessa! ¡Tessa!

Tessa: (CENTRANDO ALARMADA) ^{entregando se acuesta} Por Dios, ¿qué ocurre? ¿Qué te ha pasado, Calandrino?

Buffalmacco: (DÁNDOSELO A ELLA PARA QUE LO CARGUE) Pronto será usted viuda, señora.

Tessa: (ATERRADA) ¿Qué? (LO DEJA CAER)

Bruno: (SOLICITO) Pronto, hay que llevarlo a la cama. (LO CONDUCEN)

Calandrino: Me muero, me muero...

Bruno: (CONSOLÁNDOLO) Vamos, déjate de lamentos. Alguna vez tenía que ser.

Tessa: (LLORANDO) ¡Calandrino! ^{Llorando en silencio}

Nello: Por favor, Tessa, guarde esas lágrimas que ya tendremos tiempo para llorar. Ahora lo que hay que hacer es echar en un recipiente los orines de su esposo para que uno de nosotros lo lleve al doctor Simón.

Tessa: Pero, ¿qué es lo que tiene? ^{me paro}

Bruno: Nada sabemos, señora.

Tessa: (QUEJOSA) Tan bien que saliste de aquí hace un momento. ¡Qué desgracia, san Tolomeo, qué desgracia! ^{me doblo} ^{salgo - Susco bowl.}

Calandrino: Me muero, me muero...

Tessa: (ENTREGANDO A LOS JÓVENES UN RECIPIENTE ENORME) Aquí están los orines.
 Bruno: (TOMÁNDOLO) Perfectamente. (A LOS AMIGOS) Ustedes, quédense aquí con él mientras yo le lleve esto al doctor Simón y me entero del diagnóstico. Le traeré a él mismo en persona si fuere menester. (SALE)

Calandrino: (MURIÉNDOSE) ¡Ay, sí, amigo mío! ¡Anda y vuelve a decirme lo que hay, pues siento no sé qué aquí dentro! (SE TOCA EL ESTÓMAGO)

Pampinea: (NARRANDO, MUY "TRÁGICA") La espera resultó angustiosa.

Calandrino: Me voy a morir, ¡me voy a morir!

Tessa: (LLORANDO) Por favor, Calandrino, ¡que me desgarras el corazón! Si tú no te puedes morir. Si tú has sido muy bueno. Nunca hiciste mal a nadie. ¡Tú mereces la inmortalidad, Calandrino! *acostada pecho*

Los dos amigos dan vueltas alrededor del lecho rezando y tarareando una melodía sacra. Aparecen Bruno y el doctor Simón.

Doctor: (CON GRAVEDAD) Buenos días.

Tessa: ¡Doctor Simón! (CORRE A ÉL Y SE ARRODILLA A SUS PIES) ¡Sálvelo, por lo que más quiera! ¡No podría vivir sin Calandrino! (MELODRAMÁTICA) ¡Sálvelo! *Un ataque
Pues doctor
Me levantan*

Doctor: (GRAVÍSIMO) Hay que saber resignarse, señora. Un médico no es un mago.

Calandrino: (DÉBILMENTE) Me muero, me muero...

Doctor: (LE TOMA EL PULSO. GRAN SILENCIO. AVANZA. TODOS SE MUERDEN LAS UÑAS CON ANSIEDAD. EL DOCTOR REGRESA A CALANDRINO MUY LENTAMENTE Y ACERCA SU OREJA AL CORAZÓN. SE ESCUCHAN ESTRUENDOSOS LATIDOS. EL DOCTOR ABRE DESMESURADAMENTE LOS OJOS Y MIRA A TODOS CON ESPANTO)

Tessa: (DESPUÉS DE LA GRAN PAUSA, CAYENDO DE NUEVO DE RODILLAS A SUS PIES, COMPLETAMENTE HISTÉRICA) ¡Dígalo de una vez, se lo suplico! *parado
puño cerrado - manos arriba*

Todos se llevan notable susto con el estallido de Tessa luego de tan largo silencio.

Tessa: ¡Peor es la intriga que la más horrible de las verdades! ¡Hable!

Buffalmacco: (CAYENDO TAMBIÉN A SUS PIES, FINGIENDO QUE LLORA) ¡Sí, hable! ¿Qué tiene Calandrino?

Nello: (REPITIENDO LO HECHO POR BUFFALMACCO) ¿Se muere o no se muere?

Doctor: (GRAVE, PAUSADAMENTE) Señoras... señores... queridos míos. Ya que todos ustedes así lo solicitan, no me queda más remedio que confesarles la horrible verdad. Calandrino, nuestro buen Calandrino... ¡está encinta!

Tessa: Ayyy... (SE DESMAYA Y CAE AL SUELO) *bravo para atrás*

Calandrino: (GRITA DESCONTROLADO POR COMPLETO) ¡No, noo, nooo, nooooo! (SE REVUELCA EN LA CAMA)

Los amigos, disimuladamente, ríen.

Buffalmacco: Calma, hombre, calma. Eso le pasa a cualquiera.

Calandrino: ¡No! Eso no le pasa a cualquiera.

Bruno: (DÁNDOLE PALMADAS EN LA CARA Y CONTENIENDO LA RISA) Tessa, Tessa...

Calandrino: ¡Tenía que pasarme a mí! ¡A mí! ¡Toda la vida anhelando un hijo! ¡Toda la vida rogándole a Tessa que me hiciera padre, y ahora, cuando el nacimiento se anuncia... ¡tiene que ser de esta forma! ¡Oh, Tessa, maldita seas! ¡Maldita sea tu esterilidad... y mi fecundidad!

Doctor: No blasfemes, Calandrino.

Calandrino: Doctor, haga usted algo. Libreme de este horror. ¡Se lo suplico por las trescientas sesenta y cinco iglesias de Rávena!

Doctor: No te alarmes tanto, Calandrino. Afortunadamente, muy pronto nos hemos dado cuenta del asunto y podré librarte de él en muy poco tiempo. Pero eso sí, será necesario gastar algún dinero.

Bruno: (TRATANDO DE DESPERTARLA) Tessa, Tessa...

Calandrino: Oh, mi querido doctor, ¡lo que convenga! Aquí tengo doscientas libras que destinaba a la compra de una hacienda. Tómelas todas si hacen falta, con tal de que no tenga que llegar al extremo de dar a luz, pues no sé cómo me las arreglaría.

Tessa: (VOLVIENDO EN SÍ) ¿Dónde estoy? *dando! vuelta sale casi a puerta*

Bruno: Vamos, mujer, vamos, que todo se está arreglando.

Doctor: Escucha, Tessa. Yo le haré a tu marido una bebida destilada muy buena y agradable al paladar que en tres mañanas lo resolveré todo.

Tessa: ¿De veras?

Calandrino: Lo bendeciré eternamente, doctor.

Doctor: (A CALANDRINO) Ya verás, Calandrino. Quedarás más sano que un pez. Pero después deberás ser prudente y no volver a caer en esas tonterías, ¿eh?

Tessa: (ROMPE A LLORAR Y, ROJA DE VERGÜENZA, SE ALEJA DE LA ESTANCIA DICIENDO: Qué vergüenza... (SALE) *salgo me quedo en puerta*

Doctor: (A CALANDRINO) Ahora, para esa agua, necesitamos tres carneros y tres pollos buenos y gordos...

Calandrino: Perfectamente.

Doctor: ... y para otras cosas que se requieren, entregarás tres libras a cualquiera de tus amigos para que hagan las compras, y me lo mandarás todo a la botica.

Calandrino: Así se hará, doctor.

Doctor: Mañana bien temprano te mandaré el brobaje y empezará a beber de él cada día, un vaso bien grande.

Calandrino: Muy bien. (A BRUNO) Bruno, si fueras tan amable...

Bruno: Tú dirás, Calandrino.

Calandrino: ¿Quisieras hacerme el favor, si es que no te causa demasiada molestia, de tomar estas cinco libras para hacer las compras que ha indicado el doctor?

Bruno: Sí, hombre, no faltaría más. Te he dicho mil veces que los amigos estamos para servirnos. (TOMA EL DINERO Y SALE CON NELLO)

Calandrino: Gracias. (AL DOCTOR) Y usted, doctor Simón, aquí tiene. Tres libras por sus servicios y mi más sincero agradecimiento.

Doctor: Gracias a ti, Calandrino. Eres muy espléndido. (TOMA EL DINERO Y SALE CON BUFFALMACCO. SE REÚNEN LOS 4 EN LA CALLE.)

Pampinea: (NARRANDO) Bruno compró los animales y otras cosas necesarias para su intento y se lo comió todo en compañía del médico y de sus dos amigos. En cuanto a Calandrino, ^{higuelo} tomó tres mañanas consecutivas el líquido enviado por el doctor Simón -que no era otra cosa que jugo de cerezas- y cuando éste volvió a visitarle con los tres jóvenes, luego de tomarle el pulso, le dijo...

Doctor: Calandrino, estás completamente curado.

Todos estallan en exclamaciones y gestos de felicidad.

Doctor: Puedes dedicarte de nuevo a tus ocupaciones y salir de casa cuanto quieras.

de nuevo
Pampinea: ¡Contento se levantó Calandrino y se fue a su tarea! A partir de entonces, siempre que le venía a mano hablar de esto con alguien, elogiaba la magnífica cura que en él había operado el doctor Simón.

Calandrino: Es un médico magnífico. Sin dolor ni malestar alguno, ¡me quitó la preña!

Todos aplauden y se felicitan entre sí, dando por concluido el relato.

2^{NOO} Acto

Bocaccio se justifica

CANCIÓN de Federico y el Halcón

Peronella

CALANDRINO

LA CUNA

GRISELDA

Reprise: DANZA MACABRA

Monja #4
Mayordomo
Abadesa

Emilio: (NARRANDO) En este, nuestro país, hubo y hay un monasterio en el cual, hasta hace poco tiempo, no había más que cuatro monjas con una abadesa, todas jóvenes, junto a un mayordomo y un buen hombrecillo que cuidaba de un hermosísimo jardín y que no estando de acuerdo con el salario arregló sus cuentas y regresó a Lamporecchio, de donde era natural.

Masetto: *Chucha* ¿Y dónde has estado? Mucho tiempo ha que faltas de Lamporecchio.

Nuto: *Noldan* Mucho, sí. Y no sé cómo he podido soportar tanto. Me hallaba en Florencia trabajando en un convento.

Masetto: ¿En un convento? ¿Y qué hacías allí?

Nuto: Cultivaba un jardín muy bonito y grande, y además iba alguna vez al bosque por leña. Sacaba agua... y hacía otros pequeños trabajos. Pero me daban tan poco salario las monjas que apenas me alcanzaba para zapatos. Por otra parte, todas son jóvenes y parece que tienen el diablo en el cuerpo pues nada se podía hacer a su gusto. ¡A todo ponían defectos!

Monja 1: *Bella* Esta huerta no está lo suficientemente bien cuidada. ¿Cuántas veces se lo he dicho, Nuto? ¡La hierba hay que podarla más uniformemente!

Monja 2: *Daniela* Nuto, ¿se ha dado usted cuenta de la leña que ha traído esta mañana? ¿No pudo haber escogido otra peor en el bosque?

Monja 3: *Justicia, los platos, Cristina* Tiene usted que reparar su azada, Nuto. ¡Con instrumentos así no se puede trabajar!

Monja 4: *Sonia* ¡Es usted el peor jardinero que he conocido en mi vida!

Monja 1: ¡Nuto, eso no se hace! *- vueltas*

Monja 2: ¡Nuto, eso no es así!

Monja 3: ¡Nuto, es usted insufrible!

LAS 4: (A CORO) ¡Nuto, es usted insoportable! *- no vamos*

Nuto: (A MASETTO) Ellas sí que eran insoportables. Por eso fue que un buen día me dije: "No aguanto más". Y me largué.

Masetto: Pues me parece que hiciste muy bien. Si tan insufribles eran esas monjas... Ahora estarán lamentándose de no tener jardinero. Y dices tú que todas son jóvenes.... ¿no?

Nuto: Todas.

Masetto: Peor que peor. Las mujeres, mientras más jóvenes, más malcriadas. Y... no hay allí ningún hombre, ¿verdad?

Nuto: Sólo el mayordomo, que ya es un pobre viejo enfermo.

Masetto: Aah. (PEQUEÑA PAUSA) ¿Está en lugar muy apartado?

Nuto: No mucho. Muy cerca del bosque de Nuestra Señora. Es un lugar muy hermoso. En realidad, de no haber sido por el carácter de las monjas, y sobre todo el de esa abadesa, me habría sentido en el Paraíso. ¡Pero esas cinco mujeres son insufribles, te lo repito! (YÉNDOSE) ¡Pobre del que caiga entre ellas!

Emilio: (NARRANDO) Después de terminada la conversación, Masetto empezó a pensar en la manera como se las arreglaría para poder ir a vivir al monasterio.

Masetto: (CAVILANDO) Sé hacer perfectamente todos los trabajos que Nuto dijo haber hecho. En este sentido no tengo problema alguno. Pero soy demasiado joven y de buen ver. Quizá por esta causa la abadesa no me permita entrar allí.

Emilio: (NARRANDO) Un rato más estuvo cavilando Masetto, hasta que al fin, al cabo de unos minutos...

Masetto: El monasterio está bastante lejos de aquí y en aquel lugar nadie me conoce. Si finjo ser sordomudo, de seguro se me admitirá.

Emilio: Y fijándose en esta idea, sin decir a nadie adónde iba, encaminóse al monasterio.

Sale Masetto y aparece el viejo mayordomo cortando leña en el bosque.

Mayordomo: No era poco el trabajo que tenía para ahora, encima, tener que ocuparme de las labores de jardinería. ¡De mayordomo a jardinero! ¡Qué desastre!
(COMIENZA A DAR CON EL PICO) ¡Clín! ¡Clín!

Aparece Masetto y emite un sonido gutural. Finge ser, además de sordomudo, un pordiosero

Mayordomo: ¿Qué hay, buen hombre?

Masetto: (LE HACE SEÑAS DE QUE ES SORDOMUDO)

Mayordomo: (COMPADECIDO) Ah, pobrecillo. Sordomudo, tan joven y fuerte... (CON GESTOS MUY GRANDES) ¿Qué te trae por aquí?

Masetto: (EMITIENDO SONIDOS Y HACIENDO GESTOS ALUSIVOS, LE MUESTRA SU ASPECTO DICIE-
DO QUE ES UN PORDIOSERO Y QUE TIENE HAMBRE)

Mayordomo: Ah, tienes hambre.

Masetto: (LE DICE QUE SÍ Y QUE SI LE DA ALGO DE COMER, ÉL, EN RECOMPENSA, LE CORTA
LA LEÑA)

Mayordomo: Ah. Si te doy de comer, cortas la leña.

Masetto: (LE DICE QUE SÍ)

Mayordomo: Pues no sería mala idea, que bastante viejo y enfermo estoy yo para est


menesteres. Corta un poco de leña, que después te llevaré al monasterio donde trabajo para darte de comer.

Masetto: (FELIZ) ¡Qué fácil ha sido!

Mayordomo: (VOLVIÉNDOSE A EL, EXTRAÑADO) ¿Eh?

Masetto: (SE DA CUENTA DE SU ERROR Y, RÁPIDAMENTE, VUELVE A FINGIRSE SORDOMUDO MIENTRAS CORTA LA LEÑA)

Emilio: (NARRANDO) Y durante un buen rato permaneció Masetto cortando leña.

Mayordomo: Ya, ya, ya está bien. Con esa leña es suficiente. (CON SEÑAS LE DICE A MASETTO QUE SE ECHE LA LEÑA AL HOMBRO Y QUE LO ACOMPAÑE) Ahora, en recompensa a tu trabajo, comerás como un cristiano. 

Se escucha una música sacra y aparece el monasterio. La abadesa recoge manzanas de un árbol. Llegan Masetto y el mayordomo.

Abadesa: Mayordomo...

Mayordomo: Señora abadesa...

Abadesa: ¿Quién es ese hombre?

Mayordomo: Un pobre sordomudo que vino a pedir limosna.

Abadesa: ¿Y se la ha dado?

Mayordomo: Lo lleve a la cocina para darle un poco de comida, pero no a manera de limosna sino en pago de sus servicios.

Abadesa: ¿Qué servicios?

Mayordomo: Toda esa leña que lleva al hombro la ha cortado él.

Abadesa: Aah. Si supiera cultivar la huerta y se quisiera quedar, creo que nos vendría muy bien ahora que no tenemos aquí a Nuto. Es joven y fuerte y se podría hacer con él... lo que se quisiera. Entérate de si sabe labrar la tierra y haz de modo que se quede. Dale un par de zapatillas, algún capuchón viejo y una buena comida. (SALF)

Mayordomo: Así lo haré, señora abadesa.

Masetto: (EN UN APARTE) Si me meten aquí dentro, ¡ya verán todo lo que siembro!

El mayordomo se acerca a Masetto. Le pregunta por señas si sabe trabajar la tierra y Masetto le responde que sí. Después le pregunta si desea quedarse allí. Masetto vuelve a responderle afirmativamente y salen los dos. Se escucha entonces al coro de las monjas cantando un "Aleluya" y entran a escena. En una esquina del escenario Masetto realiza trabajos de jardinería y se construye una caseta.

Monja I: Que el Señor me perdone, pero sí que es gracioso eso de tener a un sordomudo en casa. Puede una jugar con él sin que se entere.

CAN CAN DE LAS MONJAS

Abadesa
mejor

*Sordomudo
Travis Helen*

Monja 3: Así mismo.

Monja 2: ¿Cómo dice el mayordomo que se llama?

Monja 4: Masetto.

Monja 3: (MOFÁNDOSE) ¡Masettooooo!

Monja 4: (LO MISMO) ¡Masetittoooo!

Ríen las cuatro.

Monja 1: Lo único desagradable es que no podemos regañarlo.

Monja 2: Es cierto. Perderíamos el tiempo inútilmente. No se enteraría.

Monja 1: ¡Qué fastidio! ¡Con lo que nos entreteníamos regañando a Nuto!

Monja 4: Tienes razón. Pero yo confieso que me sacrifico gustosa. Si como yo tienen ustedes buenos ojos, podrán notar que es enorme la diferencia entre Nuto y Masetto.

Monja 1: ¡Por favor, hermana! Para eso no hay que tener buenos ojos. ¡Hasta un ciego se daría cuenta!

Vuelven a reír las cuatro, muy pícaramente.

Monja 2: (COMO UNA NIÑA ÑOÑA) ¡Quiero divertirme, quiero divertirme! ¡Juguemos con él!

Monja 3: Oh, sí. ¡Juguemos!

Monja 4: Pero, ¿qué hemos de hacer?

Monja 2:3 Ya lo verás.

Secretean entre sí. La monja #2 se acerca a Masetto y le dice en tono de mofa:

Monja 3: 2 Sordomudo... ¡feo! *al lado*

Ríen las cuatro como cuatro terribles niñas.

Monja 3: 2 ¡Sordomudo horrible!

Vuelven a reír.

Monja 1: ¿Aparte de ser sordomudo, tienes algún otro defecto?

Monjas 3 y 4: (RUBORIZADAS) ¡Hermanaaaaa! *no, no*

Monja 2: Yo no creo que eso sea defecto. Después de todo, pienso que nadie puede haber en el mundo más discreto que un sordomudo. *no bamos chisme*

Forman una rueda en torno a Masetto y juegan abiertamente.

Monja 1: ¡Masetto bobo!

Monja 2: 3 ¡Masetto tonto!

Monja 3: ¡Masetto!

Monja 4: ¡Masetittoooo!

2 veces

todas

En la parte más climática del juego, aparece la Abadesa.

*Arrelladas
en diagonal
cuarta*

Abadesa: (ESCANDALIZADA) ¡Hermanas!

Monja 1: (DANDO LA VOZ DE ALARMA) ¡La señora abadesa!

Todas gritan, rompen la rueda y se postran de rodillas.

Abadesa: ¿Puede saberse qué juegos son estos?

Monja 2: Nada malo hacíamos, señora abadesa. Nos divertíamos simplemente.

Abadesa: Esta es hora de recogimiento y no de fiestas. Además, ya saben ustedes que les he prohibido terminantemente venir al jardín cuando el sordomudo está en sus quehaceres.

Monja 3: Tiene razón, señora abadesa. Disculpe usted.

Monja 4: En realidad, no nos dimos cuenta.

Abadesa: Pues para que otra vez tengan más formalidad y no se entretengan con semejantes juegos, ahora, como castigo, les ordeno encerrarse en sus celdas hasta la hora de la cena.

Las 4: (LLORIQUEAN) Noo....

Monja 1: Pero señora abadesa, ¡desperdiciar una tarde tan hermosa como ésta!

Monja 2: Le repito que nada malo hacíamos. Sólo divertimos un poco. ¡La tarde es estupenda para pasear por los jardines!

Monja 4: ¡Para aspirar las flores!

Monja 1: Después de todo, el sordomudo no fue más que un pretexto.

Monja 3: Claro.

Abadesa: Ya saben ustedes que no admito réplicas. He dicho que vaya cada cual a su celda y que allí permanezca encerrada y en actitud de recogimiento hasta la hora de la cena. No pienso repetirlo.

Monja 2: Muy bien, señora abadesa. Disculpe usted si he cometido alguna indisciplina.

Monja 1: Lo mismo digo.

Monja 4: Y yo otro tanto.

Monja 3: Y yo.

Las 4: Ave María Purísimaaaaaaa.

Abadesa: Sin pecado concebida. *X*

CAN CON MONJAS (X)

Las cuatro monjas cantan el "Aleluya" y salen. La Abadesa queda a solas con Masetto.

Le mira, se le acerca, y emitiendo sólo las vocales de cada palabra, se produce el siguiente diálogo:

Abadesa: (LO SALUDA)

Masetto: (LA SALUDA)

Abadesa: Buenos días. ¿Cómo está?

- Masetto: Yo muy bien. ¿Y usted?
- Abadesa: Ahí, ahí. ¿Se trabaja mucho?
- Masetto: ¿Mucho? ¡Nooo! ¡Yo soy fuerte!
- Abadesa: Ya lo veo, ya.
- Masetto: (MOSTRANDO SUS BICEPS) Mire, toque.
- Abadesa: Noooo.
- Masetto: Anda, toque.
- Abadesa: No, Masetto, no.
- Masetto: Un poquitico.
- Abadesa: Bueno, está bien. Un poquitico nada más. A la una, a las dos ¡y a las tres!
- (TOCA) ¡Hummmmm!

Entra velozmente la monja #1. Otras dos tocan las campanas en el campanario llamando a duelo.

- Monja 1: ¡Señora abadesa! ¡Señora abadesa!
- Abadesa: (SIGUE CON LAS VOCALES) ¿Qué pasa? (TRATA DE HABLAR CORRECTAMENTE, PERO YA NO PUEDE) ¿Qué pasa?

La monja #1 mira extrañada a la Abadesa por su ~~extraña~~ forma de hablar.

- Abadesa: (HACE UN GRAN ESFUERZO POR DESTABARSE Y LOGRA DECIR CORRECTAMENTE:) ¿QUÉ PASAAAAA????

- Monja 1: (FELIZ) Señora abadesa, el Señor ha dispuesto que nuestro mayordomo vaya a su encuentro.

- Abadesa: ¿Cómo?

- Monja 1: Iba para mi celda, como usted me ordenó, y ya me disponía a entrar cuando, al final del corredor, descubrí el cadáver del buen hombre.

- Abadesa: ¡Oh, dichoso él que va a enfrentarse a tal dicha! ¡Corramos a ver! (VA A ECHAR A CORRER, PERO SE DETIENE Y DICE A LA MONJA:) Por suerte tenemos un hombre en casa. Corre y dile a Masetto que venga. Puede sernos muy útil en tales circunstancias. (SALE) *MÁS FOR SERRA*

La monja se acerca a Masetto y antes de indicarle nada, él la toma de la mano y echa a andar con ella ante el asombro de esta. Se escucha una música apropiada y se produce un breve apagón. Al hacerse nuevamente la luz, aparece Masetto durmiendo en el piso.

Entran las monjas #2 y 3.

- Monja 2: Si yo supiera que habías de guardarme el secreto, te diría un pensamiento que he tenido muchas veces y que tal vez a ti también podría agradar.

- Monja 3: Puedes estar segura de que a nadie se lo diré jamás.

Monja 2: No sé si te has fijado en lo esclavas que se nos tiene sin que jamás hombre alguno se atreva a entrar aquí. Los únicos que lo han hecho han sido el pobre mayordomo...

Las 2: (HACIENDO LA CRUZ) Que Dios tenga en la gloria... *esto es secreto*

Monja 2: ... el viejo Nuto y... esta sordomudo. Y yo he oído decir con frecuencia a muchas de las mujeres que han venido a vernos, que todas las otras dulzuras del mundo son pura bagatela, al lado de la que experimenta una mujer cuando tiene cerca de sí a un hombre.

Las 2: (SUSPIRAN)

Monja 2: Tanto me han intrigado con estos cuentos que desde que apareció este sordomudo yo he tenido la intención de... "probar" con él, ya que con otro no me es posible. Esto, aunque quisiera, no podría ni sabría contarlo. ¿Qué te parece mi idea?

Monja 3: (ESPANTADA) ¿Qué quieres que me parezca? ¿Acaso no sabes que hemos prometido a Dios nuestra virginidad?

Monja 2: ¡Oh, cuántas cosas se le prometen durante todo el día sin que ninguna se le cumpla!

Monja 3: ¿Y si quedamos embarazadas?

Monja 2: Empiezas a pensar en el mal antes de que te llegue. Cuando éste venga, ya pensaremos.

Monja 3: (DECIDIDA) Bien, pero, ¿cómo haremos?

Monja 2: A estas horas todas las hermanas duermen. Le tomamos de la mano y lo llevamos a esa choza donde se refugia él cuando llueve. Es tan tonto, que hará todo lo que nosotras queramos.

Las 2: (RIEN EN VOZ BAJA)

Monja 2: 3 Una vez allí, una se quedará dentro con él, y la otra permanecerá de guarda. Vuelven a reír las dos. La monja #2 se acerca a Masetto, que ha estado escuchándolo todo con gran entusiasmo, le toca sutilmente la rodilla y él, de inmediato, se incorpora como un animal salvaje, la carga y la lleva hacia su choza ante la sorpresa de las dos religiosas.

Emilio: (NARRANDO) Y pasó media hora.

La monja #2 sale de la choza, con expresión de éxtasis, y le dice a la #3, que ha permanecido todo el tiempo afuera, dando paseítos:

Monja 2: Ave María Purísima.

Monja 3: Dios me ampare. (Y ENTRA A LA CHOZA)

Emilio: (NARRANDO) Y pasó una hora.

Sale de la choza la monja #3.

Monja 3: ¡Misericordia!

*Nunca más
detengo a Daisy*

Van a irse, pero la #2 se detiene y decide volver a la choza en el instante en que Masetto sale de ésta. La monja le invita a entrar de nuevo. Él le dice que no, pero ante la insistencia, accede. Penetran ambos.

Emilio: (NARRANDO) Y pasó hora y media.

Sale de nuevo de la choza la monja #2.

Monja 2: ¡Aleluya!

*Se detiene
por donde
entra a Daisy
intencional*

Echan a andar las dos. Se detienen para tirar un beso a Masetto que está dentro de la choza, acostado. Son sorprendidas, sin ellas saberlo, por las monjas # 1 y 4, que en ese momento hacen su entrada.

Monja 1: (INSULTADA) Pero, ¿serán imaginaciones mías? ¿Es cierto lo que mis ojos acababan de ver?

Monja 4: ¡Qué escándalo! ¡Nunca lo hubiera creído!

Monja 1: Ya decía yo que era un peligro tener a ese hombre entre nosotras. Aunque sordomudo, es demasiado joven y buen mozo.

Monja 4: Si la señora abadesa se entera. ¡No quiero ni imaginarlo!

Monja 1: Pues ha de enterarse.

Monja 4: ¿Cómo?

Monja 1: ¿Pienzas que puedo consentir semejante desfachatez? ¡No ~~quiere~~ voy a quedarme callada! ¡Me da contárselo todo a la señora abadesa! (ECHA A ANDAR)

Monja 4: (ATERRADA) ¡Hermanaaa!

Monja 1: (SE DETIENE DE REPENTE Y DICE EN OTRO TONO:) Aunque... pensándolo mejor..

Monja 4: ¿Qué?

Monja 1: ¿Me juras que no se lo dirás a nadie?

Monja 4: ¿Qué cosa?

Monja 1: Lo que voy a confiarte.

Monja 4: Pero, ¿qué es?

Monja 1: Júrame primero.

Monja 4: Lo juro, hermana.

Monja 1: Pues... pienso que, después de todo, si otras han entrado en el juego, ¿por qué no hacer otro tanto nosotras?

Monja 4: ¡Hermanaaaaa!

Monja 1: ¿No te agrada la idea?

Monja 4: Confidencia por confidencia: fue lo primero que pensé desde que vi el suceso. Por eso no quería que le dijeras nada a la señora abadesa.

Monja 1: Pues, entonces, ¡trato hecho! Siempre he dicho que no hay cosa peor que la curiosidad.

La monja #1 entra a la choza y llama a Masetto. Este se niega, ella insiste y él, al fin, accede.

Emilio: (CARRANDO) Y pasaron dos horas.

Sale de la choza la monja #1 y dice a la #4:

Monja 1: El "señor" es contigo. (LE HACE SEÑAS PARA QUE PENETRE A LA CHOZA)

La monja #4 hace su entrada a la choza. Masetto yace en el suelo.

Emilio: (CARRANDO) Y pasaron tres horas.

Sale de la choza la monja #4.

Monja 4: Amén.

Salen las dos riéndose como dos chiquillas traviesas. Masetto, escaso de fuerzas, sale con gran cautela del interior de la choza, mirando a un lado y al otro. Está extenuado y apenas puede sostenerse sobre sus piernas. Tiene intención de huir, pero en eso aparece la abadesa y lo llama. Masetto trata de esconderse. La abadesa va al manzanero, toma una manzana y se dirige a la choza llamando a Masetto con el juego de las vocales. Cuando ella penetra a la choza, Masetto aprovecha para huir, pero ella lo sorprende.

Abadesa: ¡Masetto! (EL LE HUYE) Sólo quería ofrecerte una manzana.

Masetto: (HABLANDO NORMALMENTE) ¡No quiero nada!

Abadesa: (SORPRENDIDA) Pero, ¿qué es esto?

Masetto: Escúcheme, señora abadesa: he oído decir que un gallo basta perfectamente para diez gallinas, pero que diez hombres apenas pueden satisfacer a una mujer, mientras que yo necesito servir a cinco, cosa que por nada del mundo puedo seguir haciendo.

Abadesa: ¡Y yo que te creía mudo!

Masetto: (REACCIONA) Lo era realmente, señora abadesa. Mas, no de nacimiento, sino a consecuencia de una enfermedad que me privó del habla. Y esta tarde es la primera vez que observo haberla recobrado, de lo cual doy a Dios muy expresivas gracias.

Abadesa: ¿Y qué quisiste decir con eso de que "a cinco tenías que servir"?

Masetto: ¿Qué iba a querer decir, señora abadesa? (LE SECRETEA AL OÍDO)

Abadesa: (ESPANTADA) ¡Y yo que pensé ser la primera!

Masetto: Como verás, hay que buscar alguna solución a este problema, si es que desean

ustedes que yo permanezca aquí. Compréndalo, señora abadesa. ¡Soy un pobre hombre de carne y hueso!

Abadesa: Lo comprendo. Y precisamente por eso, ahora menos que nunca puedes marcharte, Masetto. Alguien tiene que hacer las labores de Nuto y del mayordomo.

Masetto: Está bien, pero... ¿y en cuanto a lo demás, señora abadesa?

Abadesa: No hay por qué preocuparse. Sabemos repartirnos el pan cuando está escaso.

y de esta manera, vean uds como lo...

Alcalá :